

JOAN LLENSA

LA NIÑA
— DE —
MAÍZ

JOAN LLENSA

LA NIÑA DE MAÍZ

ÍNDICE

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Título: *La niña de maíz*
© 2019, Joan Llensa

De la maquetación: 2019, Romeo Ediciones
Del diseño de la cubierta: 2019, Soy Taylor
De las ilustraciones interiores: 2019, Iván Llensa

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

BASADO EN HECHOS REALES

“Durante nuestros momentos más oscuros debemos centrarnos en ver la luz”.

ARISTÓTELES ONASSIS

A mis niños de maíz.

Sinopsis



Sus cabellos eran dorados como las mazorcas de maíz y sus ojos, grandes y redondos, de un verde intenso. Todos los habitantes de la ciudad la conocían y la querían como si fuese su hija. De hecho, ya lo era un poco de todos ellos. Siempre que la veían jugando o se cruzaban con ella en la calle, la invitaban a hacerles una visita que acababa con unos caramelos de colores o alguno de aquellos dulces de regaliz que tanto le gustaban a Martina.

La niña no era consciente del amor que le tenía la gente. Para ella, todo formaba parte de un círculo fantástico que la envolvía en su mundo particular. Del mismo modo que las historias que le explicaba su abuela, al lado del fuego, le hacían sentir como una protagonista feliz llena de alegría.

Pero, al igual que ocurre en las historias fantásticas, en la vida de Martina planeaban monstruos dispuestos a saltarle encima en el momento menos pensado.

Miércoles, 16 de octubre de 1940

Capítulo 1



Llevándose una tostada untada con mantequilla y azúcar a la boca, la pequeña Martina dejó que el crujido eliminase cualquier sonido. Sentir los trozos de pan mezclándose con la deliciosa mantequilla que se derretía en su paladar era algo que percibía como una maravilla. Y cuando el azúcar con su edulcorado sabor le impregnaba la lengua, miles de cristallitos brillantes la convertían en un hada de los bosques.

Así lo apreciaba ella.

Y ese pequeño detalle, que al parecer de muchos pudiera ser considerado insignificante, para ella tenía un significado especial. Mágico.

—Abuela —la llamó con los labios untados—, ¿ya se han ido todos?

—Claro, chiquilla. Hoy hay reunión de última hora en el ayuntamiento para la Feria y han salido pronto para que tengamos el mejor sitio posible. Ya sabes que a quien madruga, Dios le ayuda y, si veneramos a las Vírgenes y los Santos como merecen, nos bendecirán con un año lleno de buena prosperidad.

Martina dio un gran bocado y desvió la mirada hacia la ventana. La claridad del cielo era de ese color pastel que cuesta definir. Cuando el sol se apresura a teñir con trazos largos y gruesos la oscuridad con sus pinceles de luz.

—Creo que hará un buen día, abuela.

—Así lo quiera Dios —sentenció.

Tras terminarse el desayuno, la pequeña Martina recogió las migajas que quedaron en la mesa y ayudó a la abuela a fregar los

platos.

Las dos salieron al exterior por la puerta de la cocina.

Vivían en un antiguo molino que era el sustento de la familia. En total, eran siete miembros; la abuela era la más mayor, después estaba Valentina, su hija, y Pancracio, el marido de esta. Casados desde hacía años y tocados por la mano del señor, como decían ellos, por el fruto de su amor: sus cuatro hijas. Josefina, la mayor y más seria a quien todos llamaban Fina; Jacinta, la rebelde; María, la buena; y la pequeña Martina.

El viejo molino consistía en una construcción de dos plantas. En la primera, se distribuía una amplia sala que hacía a la vez de comedor y cocina, todo junto con una gran mesa de madera maciza y sus sillas, con frondosos y mollencos cojines que ellas mismas se habían encargado de hacer. En uno de los rincones, un gran fuego a tierra daba el calor necesario a las frías noches de la comarca. De la estancia, aparecían en el rincón contrario las escaleras. Unas ascendían hasta la primera planta, donde se encontraba una sala común con un sillón desvencijado de color crema y una mesa con cuatro sillas. Esta sala se comunicaba con tres puertas que comunicaban con los respectivo dormitorios. Uno, de los padres; otro, de las tres hijas mayores; y un tercero que compartían Martina y la abuela. Por otro lado, y debajo de la planta inferior, la sala del molino con las grandes piedras de moler y todos los engranajes que aprovechaban la corriente del río para las harinas y demás.

En el exterior, el viejo molino tenía el aspecto de una casa normal y corriente, con una construcción que recordaba a las casas de la zona; sus paredes de piedra y cemento, sus ventanas de un tamaño más bien pequeño y las tejas marrones con tenedores de barro colocados en las esquinas. «Para ahuyentar a las malas brujas», según decía la abuela.

—Abuela —llamó la niña al salir de la casa, tirándole de la falda de cuadros negros y grises—, ¿has visto? Uno de los tenedores se ha roto.

La abuela alzó la vista y se cercioró de que Martina tenía razón. Una de las horquillas se había caído.

—¿Significa eso que las brujas podrán entrar en casa? —preguntó la pequeña con evidente cara de susto.

—Ni hablar —le puso la mano en la cabeza y la zarandeó de un lado a otro—, aún quedan más. Además, antes de que esas hijas del mal se den cuenta de ello, tu padre lo habrá arreglado.

—¿Y cómo lo va a hacer si no está aquí?

—Debe de estar al caer. El pueblo de Camprodon no está muy lejos y sabe que para la Feria es necesario que esté aquí. Mientras, le pediremos a tu hermana que vaya a la iglesia a bendecir el barro con el que haremos la nueva pieza y así cuando tu padre haya vuelto podrá solucionarlo.

—Tengo muchas ganas de verle...

—Pero recuerda que llegará muy agotado. El viaje en carro agota hasta al hombre más fuerte.

—Lo cuidaré como a un rey.

—No tengo la menor duda de ello, cielo. —La abuela puso una mano en la cabeza de la niña y le revolvió el pelo—. Pero antes ven, una doncella debe estar siempre presentable, y con esa melena al viento pareces una salvaje.

Martina se rió a carcajadas y, mientras la abuela le recogía la melena en una trenza, ella se imaginó recorriendo los bosques de la comarca y descubriendo tesoros de valor incalculable.

En cuanto acabaron, abuela y nieta siguieron el caminito que ascendía al lado del molino hasta un montículo. En él, la familia había adecuado el terreno con un huerto bastante grande. Se podían ver los surcos en los que hortalizas y verduras crecían esplendorosas, dando sus mejores frutos. A un lado, dos grandes bidones de color azul oscuro almacenaban el agua de la lluvia que recogían las canaletas situadas estratégicamente y les servía para poder regar las plantas cuando era necesario. Así se ahorraban traerla del río, cosa que agradecían sus articulaciones.

A unos pasos de allí, un terreno más grande con plantaciones más generosas cubría la mayor parte del prado. Allí sembraban maíz, colza y demás según la temporada.

—Vamos, pequeña. Queda mucho por hacer y el tiempo no se detiene por nadie, excepto por los muertos.

A Martina le dio un escalofrío. «Excepto por los muertos», había dicho.

Enseguida, recordó aquella chica que se le aparecía entre los campos.

¿Era posible que se tratara de una muerta?

Y, si así era, ¿qué quería de ella?

Capítulo 2



Jacinta se relamió los labios al ver al mozo apoyado en la columna de madera del pajar. Oteó a ambos lados asegurándose de que nadie se fijaba en ella mientras daba unos pasos en dirección a él y se mordía el labio inferior.

El joven sonrió y le guiñó un ojo, dio un brinco, se puso a la carrera y se perdió entre las callejuelas de la ciudad.

Jacinta se levantó la larga falda plisada hasta las rodillas y emprendió la persecución. Cada esquina le permitía ver durante el tiempo justo la dirección que tomaba el joven. Aunque podía ver que él aguardaba el tiempo justo para estar seguro que ella veía la dirección que tomar y el brillo de su sonrisa pícara y luminosa. Aunque si le hubiera perdido, los rastros le permitirían seguir sus pasos con certeza. No tenía la menor duda. Con cada paso, su respiración se agitaba, se aceleraba y le hacía sonreír un poco más.

En cada esquina, le aguardaba la señal. Como si se tratara de migajas de pan como en el cuento de Hansel y Gretel, la joven doncella iba encontrado las suyas. La flores talladas de un color lila brillante destacaban en los alféizares oscuros y las paredes húmedas.

Ella las recogía y se las llevaba a la nariz aspirando su aroma dulzón. Era un tesoro.

Se había alejado del centro y una enorme puerta de madera entreabierta aguardaba ante ella.

En la cerradura, un pequeño ramillete colgaba de él.

Jacinta lo cogió entre sus manos y lo juntó con las flores que ya tenía. Dio la espalda a la puerta apoyándose en ella como quien

no quiere la cosa. Sus ojos repasaron la calle, las ventanas y las sombras dando un rápido vistazo al exterior y, en lo que dura un parpadeo, caminó hacia atrás, dejándose engullir por la oscuridad.

El establo estaba a oscuras. Los ojos de la joven tardaron unos segundos en acostumbrarse a la penumbra y las sombras que, poco a poco, dieron paso a perfiles más definidos del lugar donde se encontraba. Aunque no le hacía falta ver mucho, ya que conocía aquel sitio a la perfección, Jacinta agradecía tener las referencias visuales bien presentes.

El suelo blando, las columnas de madera, los cercados paralelos a estas y los movimientos de los animales al otro lado.

La primera vez que entró en el establo se asustó cuando los caballos relincharon y profirió un grito que retumbó en el vacío, devolviéndole un eco sordo seguido del consiguiente estruendo de patadas de los animales. Aquel día, Jacinta tuvo que salir por patas —y nunca mejor dicho— del establo. Imaginó los rostros asustados de los vecinos pensando que un demonio les habría hecho una visita a los animales. O que las brujas querían llevárselos. Incluso ella misma tuvo pesadillas durante semanas en las que se repetía una y otra vez.

Ahora, Jacinta tanteó las escaleras de madera que la llevaban a la parte superior, en un altillo desvencijado. Peldaño a peldaño, su cuerpo esbelto ascendía al tiempo que su corazón palpitaba con más fuerza y tesón. Cuando su cabeza superó el límite, las balas de paja esparcidas por allí le hicieron resoplar. «¿Dónde te has metido?», se preguntó sin hacer ruido recorriendo con la mirada las porciones doradas.

Terminó de subir sin que ninguna presencia le alterase ni le alertara de movimiento alguno. Dio unos pasos alejándose de la caída y con la mano tocó la rugosa y áspera superficie de las balas.

En cuanto superó la primera, una fuerza descomunal la sujetó por la cintura y la atrajo hacia un lado.

Jacinta gimió al sentir la potencia que se la llevaba.

—¡Qué bruto eres! —exclamó al sentir los fuertes músculos que la aprisionaban.

—Y no te gusta —la voz gruesa era un susurro que no mostraba ni siquiera la entonación de una pregunta.

Los brazos de ella se levantaron recobrando la voluntad y dejaron que sus manos recorrieran el torso del joven. Sus músculos eran duros, fruto del trabajo en el campo. El calor latente penetraba por los dedos de ella, dándole aquello que tanto anhelaba. Siguieron subiendo hasta su grueso cuello. Lo sintió mojado, quizá de sudor. Le gustaba tanto... que podría perderse en cualquier lugar siempre que pudiese ser con él.

—¿Cómo va a gustarme que me trates de este modo? —se quejó ella con cierta pose de dama—. Soy una señorita y preciso delicadeza.

—Eso me temía, *milady*. Y, por ese mismo motivo, me postro a sus pies para servirle en todo lo que desee. —Se arrodilló con un movimiento rápido.

El movimiento del joven sorprendió a Jacinta, que dio un respingo.

—Qué bobo eres... —Sus manos se mezclaron en el pelo del sirviente—. No creerás en serio que un plebeyo como tú puede cumplir todos mis deseos. Los señores de alta cuna se pelean por atender mis exigencias y tú, pobre abandonado, crees que puedes complacerme.

Sus manos masajearon el largo pelo castaño y despeinado con tesón.

—Déjeme intentarlo, *milady*. Se lo suplico —imploró él sin mirarle siquiera.

Jacinta apretó sus manos con fuerza agarrándole la cabeza y obligándole a mirarla. Sus ojos marrones brillaban con una mezcla de ansiedad y tristeza y, encima de ellos, decorándolos, unas cejas pobladas y bien dibujadas.

—Bésame —ordenó—. Pero como no lo hagas bien, haré que te corten la cabeza.

El joven se alzó y, sin darle tiempo a tomar aire, apresó los labios de la chica con los suyos. Jacinta sintió una ola de calor palpitante que le llegaba al ritmo suave, pero frenético que él dirigía. Sus labios gruesos y su lengua húmeda y caliente la llevaban lejos, a un puerto lejano con olor a salitre. Tan apartado de la comarca, que no necesitara llevar aquellos atuendos tan pesados y gruesos de algodón.

Las manos de ambos se movían con frenesí, con premura, con ansia y deseo. Las ropas fueron cayendo una a una sobre la improvisada alcoba. Ajenos ya por completo de todo a su alrededor, dejaron que sus placeres se convirtieran en lo que más importaba y sin que nada les molestase.

*

—¿Cuándo nos marcharemos? —preguntó él con la voz gruesa.

Jacinta jugaba con sus dedos en el pecho de él, enroscando los pelos rizados que lo decoraban.

—Ya sabes que me da pena dejarlos así, de un modo tan abrupto —se defendió.

—Pero tu padre jamás me aceptará. Por más que nos amemos, él no entiende que...

—Déjame terminar, Toni. —Le dio un manotazo en el pecho.

—¡Uy! —se quejó haciendo una mueca.

—No creas que todo es por mi padre. Mi madre tampoco ve con buenos ojos nuestra relación. Sé que les hará mucho daño, pero soy consciente de que debo seguir mi propio camino.

—¿En serio?! —no estaba claro si Toni había formulado una pregunta o una exclamación, pero sus ojos se abrieron como grandes ventanales y las palpitaciones que bramaban en su interior eran grandes como terremotos.

—Sí. Y, aunque les duela en un principio, algún día lo comprenderán.

El brazo de Toni se cerró alrededor de ella haciendo que su cuerpo le quedara encima. Le agarró el rostro y se lo llevó hacia sí para plantarle un beso.

—Al fin, mis sueños se cumplen —le dijo—. Estoy harto de quererte a escondidas, de amarte en secreto. Quiero gritarle al mundo que te amo, que eres la reina de mi universo y que todo lo que quieras te será dado.

Jacinta dejaba que Toni hablase. Le gustaba sentirse tan deseada. Ella sentía lo mismo que expresaban esas palabras. Y, aunque el amor por su familia también era fuerte como las rocas,

tenía la certeza de que emprender su propio camino era una decisión que debía tomar y era su obligación escribir esa parte de su historia. Quería escribir su propia historia. Pero no quería lastimarlos más de lo necesario.

—Nos iremos a una nueva ciudad —siguió diciendo entusiasmado—. He oído que Barcelona crece a un ritmo brutal y que las oportunidades de trabajo son más que evidentes. Algunos dicen que la industria es el futuro. O, si quieres, cogemos un barco y nos vamos a cualquier isla. Por ti seré lo que quieras que sea: pescador, leñador, viajante e incluso mago si es lo que deseas. Solo quiero que seamos felices.

—Ya eres un mago maravilloso, mi amor —le respondió ella mientras bajaba su mano por debajo de la cintura.

Toni se calló de golpe. Parecía incluso que permaneciera sin respirar. El tacto de la mano de Jacinta recorriéndole con su masaje era más que suficiente como para detener el tiempo.

—Vayámonos ya —dijo él con un gemido—. Cojamos lo necesario y marchémonos ahora mismo.

—Eso es algo que no puedo hacer. —Acompasó el movimiento de su mano con el de sus labios, evitando que él pudiera decir o replicar nada más—. Por eso te pido que esperes solo unos días. Ahora, con la Feria a tocar, hay mucho por hacer en casa y mi padre ni siquiera ha llegado del viaje. Sería el peor momento para causarles un daño tan grande.

—Entonces, ¿cuándo? —gemía—. ¿Cuánto quieres que espere?

—Solo hasta que pase la Feria y los nervios estén aplacados. El día después, el diecinueve si te parece bien, nos vamos.

—¡Perfecto! —gritó—. Nuestra vida juntos empieza en tres días.

Capítulo 3



La plaza frente al ayuntamiento de Olot era un hervidero de gente. Payeses, verduleros, buscavidas y farsantes. Todos se apiñaban como el ganado lo haría en la feria. Todos pelearían por el mejor sitio, por el mejor cercado.

—Fina, ¿has visto dónde se ha metido tu hermana? — preguntó Valentina con el rostro preocupado—. Hace rato que no la he visto.

—Creo que se ha apresurado a buscar miel, madre. Decía que casi se nos había terminado el tarro grande.

—Seguro que está con ese chico... —bufó y negó con la cabeza—. Menos mal que tu padre no está aquí para verlo, sino seguro que montaría en cólera.

—Que va —negó Fina—. Hace días que no se ven. Me parece que Toni se ha marchado a una granja de un pueblo en la costa o algo así —mintió para que su madre se tranquilizase.

—Me extrañaría mucho que se hubiera marchado de ese modo... y sin ella. En fin... —La madre hizo aspavientos con las manos—. Más le vale a tu hermana no hacer el tonto que si tu padre tiene otro disgusto, no quiero ni pensar qué podría suceder. Entre la cojera, que le provoca un dolor atroz, y los nervios... no ganaríamos para disgustos.

Josefina se frotaba las manos, ansiosa por reconducir la conversación. Nada le gustaba menos que ver a su madre disgustada y preocupada. Por eso, ella era la que se encargaba de las tareas más duras en el molino.

—Y, ¿cómo ha ido la subasta? —preguntó al fin para cambiar de tema.

—Te puedes creer que los mejores lugares siempre van a parar a las mejores casas —levantó una ceja—. Esto es un asco, Fina. Por más que intentemos año tras año conseguir mejorar nuestra situación, solo mejoran las de ellos. Este alcalde es un corrupto. Igual que todos sus secuaces.

—Así que estamos en el mismo sitio.

—No. —Valentina empezó a andar y su hija la siguió—. Este año nos han colocado al lado de la fuente, así que, por lo menos, todos los que tengan sed podrán admirar nuestras hortalizas y harinas.

—¿Y quién tendrá sed con las lluvias que nos azotan este año? Lo que tendríamos que hacer es vender barcas.

Rompieron en carcajadas.

El barullo fue remitiendo a medida que se alejaban de la plaza del ayuntamiento. Cuando estuvieron lo suficiente lejos como para llegar a sentirse relajadas, una voz las llamó.

—¡Señoras! ¡Señoras!

Ambas se detuvieron y otearon el hombre que se acercaba a paso ligero, pero con signos evidentes de agotamiento. El traje del hombre le sobraba por todos lados. Aunque era innegable que un sastre lo había realizado a medida, el cuerpo delgado y descompensado del hombre lo convertían en una ardua tarea.

—¿Qué se le ha perdido por aquí, señor Casadesus? —preguntó Valentina en un tono afilado.

—El alcalde se ha molestado bastante por el modo en que se ha ido —replicó, faltar de aliento. Sacó un pañuelo del bolsillo de su americana y se secó el sudor de la frente.

—Perdone si no lo lamento, pero los pobres tenemos trabajo que hacer. Incluso el simple acto de comer se nos convierte en toda una odisea.

Los ojos hundidos en la cara del hombre parecieron hacerlo más aún. Su nariz afilada encima de un bigote fino y negro, incisivo como pinzas de coser, le daban cierto aspecto de roedor.

—Como le iba diciendo, el alcalde solicita su presencia en el ayuntamiento.

—Pues, entonces, deberá rellenar una instancia. Acabamos de vernos y no tengo la intención de perder la mañana de nuevo con él.

—De hecho —sonrió con malicia—, no tiene alternativa.

—Vaya si la tengo.

Valentina le dio la espalda y cogiendo a su hija mayor del brazo, la empujó emprendiendo de nuevo el camino por la calle adoquinada. Sus talones resonaban como grandes tambores antes del acto final.

—No —vociferó el hombre—, no la tiene.

No se pararon. Valentina hacía oídos sordos. No estaba dispuesta a que aquel ridículo intento de hombre ni el gordo del alcalde le dijera qué podía o no hacer con su tiempo y el día a día.

—El alcalde ha expresado con toda claridad que, si niega a reunirse con él, puede ir despidiéndose de su plaza en la feria.

Las palabras o, mejor dicho, la amenaza de Casadesus congelaron los pies de Valentina al suelo.

«¡Maldito mequetrefe! Si no fuera porque tengo familia, te desollaría vivo y en público», se gritó para sus adentros.

—Fina, termina con los encargos de la mañana —ordenó a su hija.

—Pero, madre...

—Haz lo que te he dicho —sentenció—. Ve a la mercería, que yo tengo que cruzar unas palabras con el arrogante y seboso alcalde.

Fina asintió, comprendiendo que no le quedaba otra alternativa y emprendió la marcha. Valentina se giró despacio y anduvo con calma hasta donde aguardaba el intento de hombre.

—Lléveme hasta el gordinflón de su jefe, maldita sabandija.

Capítulo 4



El olor a vino impregnaba la Fonda como un manto espeso. Los hombres reían y se contaban chistes, olvidando las preocupaciones diarias, y las conversaciones navegaban sin rumbo de un tema a otro llevados por las olas del alcohol.

—Dicen que este año las damas blancas bajaran de la cumbre y nos harán pasar un arduo invierno —advirtió uno de ellos.

—Eso son tonterías —replicó otro—. Quien lo pasa mal es la gente que cree en esas leyendas.

Pancraccio escuchaba sin decir nada. Se llevó un bocado y masticó con calma. ¿Para qué meterse en una conversación que no tenía solución? Él era conocedor de muchas de esas leyendas que poblaban las comarcas. Allí, en Camprodon, en el regazo de las grandes cumbres, no faltaban los seres blancos de las nieves y los gélidos señores del hielo. Mujeres de blanco que se llevaban a los hombres, seres sin rostro que devoraban almas humanas y animales voladores que aterraban a los lugareños que se atreviesen a salir a la intemperie de las noches de invierno.

—¿Acaso te atreverías a salir a su encuentro? —le provocó.

—¿Acaso podría demostrar algo? —gruñó.

—Lo cierto es que sí. Lo único que queda demostrado es que eres un cobarde.

El hombre se levantó claramente ofendido. Una humillación pública así merecía un buen escarmiento. Apretó sus facciones hasta que se convirtieron en una mueca agresiva.

—¡Brindemos por los cobardes! —gritó el tabernero intentando apaciguar los ánimos. Lo último que le convenía era una pelea en la

fonda que le destrozara los muebles. Se lanzó con una litrona de cerveza a rellenar el gran vaso del hombre y lo frenó agarrándolo por el hombro. Él, al ver la espuma creciendo en el líquido ámbar, aplacó su ira por el momento.

Funcionó.

Tras un silencio que duró unos segundos, todos los hombres alzaron sus vasos y los hicieron estrellar en el aire.

—Por aquí arriba están todos locos, ¿verdad, patrón? —preguntó el mozo al oído.

Pancraccio lo miró levantando las cejas y le respondió:

—Ten cuidado y mide tus palabras, muchacho. Podrías arder entre los diablos o helarte con el aliento de las damas blancas.

—¿Usted cree en sus palabras? —preguntó en un susurro sorprendido.

—Creo que allí fuera hay cosas que no entendemos. Hay cosas que escapan a nuestro entendimiento y deben ser respetadas. Pero me inclino más a aconsejarte que no ofendas los oídos de estos hombres. El calor del vino y la cerveza mezclado con una certeza mística y la ofensa que puedes causarles podría ser una argamasa terrible para ti y tus posaderas.

El mozo asintió al consejo de su capataz. Su tez aniñada y su pelo cobrizo bailaron absortos.

Pancraccio sentía un afecto especial por el muchacho. Si bien no era un chico fuerte ni muy espabilado, poseía un interés por aprender que él apreciaba. Quizá incluso lo sentía como el hijo que nunca tuvo y que le hubiese gustado. Sus cuatro hijas eran lo más maravilloso que poseía y el mejor de los tesoros que podía tener. Pero un barón era lo que le faltaba para completar su sueño y aquel mozo desgarrado era un sucedáneo bastante aceptable.

—¡Hey, tú! —gritó uno de los hombres—. El del pelo de fuego.

Un silencio pesado se apoderó de la Fonda.

El mozo se giró hacia la voz, temblando como una hoja.

—¿No serás hijo de las Damas de fuego?

Todas las miradas se pusieron en el chico, que empezaba a sentirse la cara ardiente y la frente perlada.

—No, señor. Se confunde.

—Cállate —susurró Pancraccio—, no le sigas la corriente.

—¿Cómo dices? —el hombre alzó la voz—. ¡Osas llamarme mentiroso!

—No. No. No, señor. —Tembló como una hoja—. Yo no he dicho eso.

—Así que vuelves a llamarme mentiroso. Quizá sea el momento de dar una lección a este hijo del fuego.

—Lo siento, hijo —dijo Pancracio—. Te avisé. Ahora lo mejor será que no te resistas. En cuanto pueda, te ayudaré.

*

Tuvieron que pasar unas horas antes que Pancracio pudiera acercarse al chico. Él conocía de sobra las costumbres y creencias más que curiosas que impregnaban a la gente. Allí, en el pueblo que besa a los Pirineos, eran conocidos los mitos relacionados con las Damas Blancas y las arpías de hielo. Pero en tiempos como ahora, que las lluvias amenazaban e impedían la cosecha, los hombres aclamaban calmar a los dioses con ofrendas y rezos. Por suerte para el mozo, la ofrenda no suponía ningún derramamiento de sangre.

Pancracio se aseguró que no había nadie cerca. La plaza del pueblo estaba rodeada de casonas y alguna que otra tienda de ultramarinos. El ruido del río, tan cerca y bravo, golpeaba las rocas creando un ambiente amenazador.

«Espero que el tiempo nos de una tregua».

En el centro de la plaza se alzaba un montículo de piedra como un monolito. En él, atado con cuerdas de brazos y pies, el mozo lloraba muerto de miedo.

Cuando vio a su amo acercarse cojeando por la plaza, se le iluminaron los ojos.

—Gracias, Señor —sollozó—. Pensaba que me había abandonado.

—Te dije que vendría en cuanto pudiera. —Le alzó la cabeza con una mano—. Debía esperar a que se durmieran, agotados por el alcohol.

—Son unos salvajes, Señor. —Siguió llorando—. Pensaba que eran brujos y demonios. Se pusieron a cantar y recitar frases que no

entendía. Llegué a pensar que me iban a cortar el cuello.

El hombre sonrió.

—Son inofensivos, pero las creencias en los poderes místicos siguen muy presentes entre ellos. —Se metió una mano en el bolsillo del chaleco y sacó una navaja. Le quitó el seguro de metal y la hoja brilló con un chasquido bajo el sol de la tarde—. No te muevas.

Al liberar al mozo de las cuerdas que lo aprisionaban, sus miembros cayeron como ramas débiles. Se masajeó las muñecas y las piernas, que habían adquirido un tono tan rojizo que parecía que estuviesen en carne viva. Alguna ampolla asomaba amenazante, fruto del sufrimiento de la piel.

—No tiene muy buena pinta. —Hizo una mueca con la boca—. En cuanto lleguemos a casa, la abuela te pondrá un ungüento que hará que te sientas mejor.

—Gracias, señor.

Hizo ademán de abrazarlo, pero se frenó en el último momento. Era mucho el tiempo que llevaba de servicio con la familia y sentía por ellos un aprecio muy intenso. Tanto, que los consideraba de su propia sangre. Sin embargo, él no se sentía merecedor de tanta bondad por parte de ellos. Pancracio era un hombre serio que no hablaba más de lo estrictamente necesario. Pero, aun así, lo trataba muy bien. Con cortesía y aprecio.

—Así pues, ¿nos marchamos ya? —preguntó mientras se tumbaba en el chorro de agua de la fuente.

—Sí. No quiero que nos atrape la tormenta a mitad de camino. Y me gustaría poder llegar a casa mañana a primera hora. La Feria es pasado mañana y hay mucho por organizar. Las mujeres se pondrán nerviosas si nos demoramos tanto. Y ya hemos perdido demasiado tiempo.

—Tiene razón, Pancracio —dijo tras limpiarse un poco con el agua—. Será mejor que salgamos ya.

—Pero antes de partir nos queda una última parada por realizar.

—Si no nos queda nada por intercambiar, señor —dijo mirando el carro, prácticamente vacío.

—Quiero comprarles a las chicas una caja de galletas Birba. Ya sabes que les encantan. Y no me perdonaría dejarlas sin un placer tan delicioso.

Capítulo 5



Martina corría como alma que lleva el diablo. Atravesó el puente medieval que separaba su casa del resto de habitantes mirando a su espalda con premura. La silueta del chico apareció tras ella, también corriendo a toda velocidad.

El espacio entre ellos era cada vez menor hasta que al fin no quedó ni un centímetro.

—¡Te pillé! —exclamó.

—Ya no puedo más —dijo entre respiraciones y jadeos sin aliento—. Estoy agotada.

Martina se tumbó en la baranda de piedra del puente y apoyó la mano por detrás, dejándola caer hacia abajo.

—Si fuera por mí —dijo él, hinchando el pecho—, podría correr durante días y noche seguidas. Incluso llegaría al extranjero. Y podría dar la vuelta al mundo en menos de ochenta días. Sería más rápido que Phileas Fogg.

—Me sorprende que recuerdes el libro, pero estoy segura de que serías capaz de lograrlo. Seguro que sí, Tomás —se rió ella—. Eres el niño más veloz que conozco.

—Y el más fuerte de la comarca —replicó él, alzando el brazo y apretando con fuerza una pelota invisible para que le saliera una bola—. No lo olvides.

—Eres mi héroe. —Martina aplaudió.

Tomás era el hijo del sastre. Era un niño revoltoso e inquieto que, a pesar de los intentos de sus padres por enseñarle el arte de cortar y coser en la tienda, prefería otras tareas. Levantaba piedras para que sus músculos se desarrollaran. Ansiaba convertirse en un

hombre fuerte al que todos admirasen. Sus padres se habían alterado cuando este les dijo que quería ir a trabajar a la cantera de Sant Joan les fonts, el pueblo vecino. Allí extraían de las columnas de basalto grandísimas rocas para crear los adoquines que adornaban carreteras y caminos de todo el país. Decían que en el futuro todas las ciudades tendrían las piedras del pueblo.

—¡Ni hablar! —le gritaron sus padres al unísono en cuanto se lo propuso.

—Además —añadió su madre—, no tienes edad para trabajar en un lugar tan peligroso.

—¿Más peligroso que estar rodeado de tijeras, agujas y demás objetos cortantes? —contestó él, enojado—. Podría rajarme un dedo y quedar lisiado para siempre o algo peor.

—Te hemos dicho que no. Y no hay más que hablar.

—No importa lo que digáis. En cuanto cumpla los doce, me iré y haré lo que quiera. No podréis detenerme.

—Ya verás si no. Te internaremos en un convento. ¡Punto final!

Y, a pesar de que a los padres no les gustaba la actitud ni el comportamiento de Tomás, sabían que no tenían otra opción que aceptarlo. Quizá sí se perdiera el negocio familiar, pero ¿acaso importaba más eso que su felicidad?

—¿Vamos al maizal? —preguntó Martina.

—¿Todavía no lo habéis cosechado? —se sorprendió el chico—. Creo que todos ya lo han hecho.

—Pues nosotros no. Mi padre ha estado viajando para vender las harinas y cereales y con las lluvias de estas semanas se le ha atrasado todo.

—Pues espero que no se eche a perder...

—Ni yo. No sé de qué viviríamos. Creo que dijo que quería venderlo como grano blando, pero no lo sé.

—De eso que se preocupen los mayores. Nosotros vamos a ver si encontramos el tesoro del maizal.

Capítulo 6



—Que alegría verla de nuevo, querida.

—Lamento no poder decir lo mismo, Alcalde —dijo Valentina, que se mantenía en pie, apoyada en la silla y sin apartar la mirada del gordo frente a ella.

—Siempre tan a la defensiva. —Sus ojos y rasgos permanecían ocultos entre sus facciones redondeadas—. Siéntese.

Ella sabía que no era una súplica. Más bien, era una orden. Ese gordinflón estaba acostumbrado a tener todo lo que quería y nadie se atrevía a reprocharle nada. Y ahora, después de la guerra que había hundido el país en la miseria y con el apoyo de los militares, hacía lo que le venía en gana.

Así que obedeció.

—Es una mujer muy bella, Valentina.

La mujer juntó las piernas y puso sus manos en el regazo, apretándolas con fuerza. Él no podía verlas desde el otro lado de la gran mesa de madera maciza.

—¿Ha pensado en mi proposición? —preguntó el Alcalde al ver que el silencio se apoderaba del despacho.

—Ya le dije que no tengo tiempo. El trabajo en el molino me ocupa todas las horas y...—Se pellizcó la mano, evitando así proferir algún impropio desagradable.

—Quédese aquí a tiempo completo, Valentina. Necesito una sirvienta y usted es la más indicada para el puesto.

«Lo que necesita es que le corten ese gordo cuello».

—No puedo dejar a las niñas ni a mi anciana madre...

—Pues dejen al tullido de su marido y vengan aquí conmigo. Tengo espacio de sobra y sus bellas hijas serían una alegría para mi casa —se relamió.

«Sigue pensando así de mis hijas y seré yo quien te corte el cuello».

—Sabe que no sería adecuado. Un pecado así no tendría perdón divino y lo que menos deseo es ser castigada al fuego eterno del infierno.

—Pamplinas —vociferó—. Eso son esas sandeces religiosas. Mi amistad con el obispo de bien seguro que puede zanjar un acuerdo para obtener su salvación. —Tomó aire antes de seguir—. Aquí solo impera la ley de nuestro querido Primo de Rivera. Además, de usted depende arder en vida o vivir en plenitud.

«¿Me está amenazando?», pensó, aunque conocía la respuesta.

—Venga aquí —dijo, apartándose hacia atrás y golpeándose la pantorrilla con la palma de la mano.

Valentina se levantó. No tenía opción. Sabía lo que ocurriría. O más bien no. Ese montón de carne y grasa era tan impredecible como una botella de nitroglicerina o una caja de dinamita. Pero sabía que no podía fiarse de él. Lo mejor era dejarle creer que sí, que gozaba de cierta confianza. ¿Acaso podía llevarle la contraria? ¿Debía obedecer? ¿Durante cuanto tiempo podría darle largas?

Se sentó, evitando respirar el olor seboso del alcalde.

—Eres la mujer más bella de la comarca y —dejó un espacio en silencio— serás mía. Tarde o temprano, caerás en mis manos. Y te darás cuenta de que soy lo mejor para ti.

Sus manos, diez salchichas gordas y mantecosas, ahora se posaban en su espalda y le hacían sentir escalofríos tal y como si un montón de basura putrefacta la estuviese rozando. Su corazón le decía que se fuera, que no sucumbiese a las órdenes de aquel mamarracho. Pero no podía.

—Siempre tan halagador. —Decidió ser cortés e intentar cambiar de tema—. ¿Quería hablarme de algo más?

—Claro que sí, pero no es un tema tan agradable como lo que le ofrezco.

Valentina se tensó y su corazón se desbocó. ¿De qué hablaba?

—Pero ya que me lo ha recordado...

La giró con un movimiento brusco sobre sí mirándola directamente a los ojos almendrados. Se le había soltado un mechón del recogido y le colgaba a un lado. El alcalde se lo agarró con su dedo-salchicha y se lo colocó detrás de la oreja. Valentina sintió una repulsión que la hizo temblar de horror. El alcalde lo interpretó de un modo muy distinto y sus labios se curvaron hacia arriba, mostrando unos dientes muy pequeños y amarillentos.

—Tengo en mi poder ciertos documentos —desplazó la mano por encima de la mesa, dejando la otra en la cintura de Valentina— que demuestran que el terreno donde se construyó el molino en el que vive es propiedad del estado.

«¿Qué? ¿Cómo es posible? ¡Eso es mentira!»

—Pertenece a mi padre y fue él quien lo construyó en los terrenos heredados de mis abuelos.

—El cual es un desertor y enemigo del estado, un rojo, como tantos se han atrevido a desafiar a nuestro Francisco Franco, gran jefe del estado.

Valentina no imaginaba tal agravio. Sí era cierto que su padre se reveló y huyó y, por ello, perdió la vida. Pero era incapaz de pensar que fueran a acusarlos a ellos o, mejor dicho, castigarlos por algo que escapaba a su comprensión.

—Por ese motivo, el molino y sus tierras adyacentes serán requisadas y puestas en poder de su verdadero dueño.

—No puede hacer algo así... Es injusto. Es...

—Es la ley, Valentina.

—Es una mentira. Un robo.

—¿De verdad se atreve a contradecir la palabra del jefe del estado y de sus voluntades? ¿Sabe cómo puede terminar esto?

«Lo sé, lo sé, maldito embustero. Cálmate, Valentina. No dejes que te gane. Mira qué camino quiere tomar».

—Mis palabras quieren decir que no veo justo que yo y mi familia tengamos que pagar por la traición de mi padre y sus hermanos —se excusó, aunque no lo pensara de verdad. Deseaba sobre todas las cosas que el régimen cayera, que la república se

instaurase y una democracia verdadera se instaurara en todo el territorio. Esa gente quería corderos que no pensarán. En ese momento, entraban en juego otra clase de estrategias y el orgullo no tenía cabida.

—Expresándolo así la entiendo mejor. —Se frotó la papada—. Quizá haya un modo de solucionar este embrollo.

—Seguro que sí. —Valentina le rodeó con un brazo el cuello y le hizo círculos en el pelo con un dedo—. A un hombre inteligente como usted seguro que se le ocurre la mejor manera.

—Estaba pensando que... quizá... si usted se viniera a casa... los papeles podrían desaparecer.

—Ya le he dicho que en el molino...

—Debe elegir, Valentina. A grandes males, grandes remedios. O me quedo con el molino del Collell y sus tierras o me quedo con usted.

Valentina sabía que ya no había vuelta atrás.

¿Qué debía hacer? Si lo mandaba al infierno, ella y su familia se verían obligados a huir lejos de allí hacia otro lugar. Y eso contando que pudieran escapar. ¿Y quién le aseguraba que no diera una orden de captura? Podían encerrarlos por rojos. Si los aprisionaban, terminarían en el calabozo. Los acusarían y matarían de hambre o, peor aún, los fusilarían en el extramuro y los enterrarían en la fosa común.

El tiempo pasaba rápido y con él las escasas opciones ante ella.

—¿Y que certeza tengo de que los papeles desaparecerán? —preguntó, intentando ganar algo de tiempo.

—Ninguna —sonrió—. Deberá fiarse de mí. Los mantendré a buen recaudo para que no tenga tentaciones de retraerse. —Su sonrisa aceitosa retumbó en el despacho como si se tratara de un ser demoníaco.

—Está bien, alcalde, pero deme unos días. Tenemos mucho por hacer aún en el molino y con estas lluvias ni siquiera hemos podido cosechar el maíz.

—No. Quiero que te instales en mi casa cuanto antes.

—Pero...

—¿Acaso no entiendes mis palabras?

—Si fuera tan amable de darme hasta después de la Feria, yo...

—Preséntate ante el ama de llaves cuanto antes —zanjó con voz dura—. Cuando debas cosechar, si quieres ir, deberás compaginarlo con tus tareas en mi casa. De lo contrario, ya sabes a dónde te llevarán tus malas decisiones.

Un silencio sepultó el despacho durante dos segundos, quizá tres, que parecieron horas.

—¿Entendido? —preguntó el alcalde.

Dos segundos más de silencio cayeron como piedras de la cantera en el despacho.

—¡He dicho que si lo has entendido! —gritó enojado.

—Sí, alcalde. Lo he entendido.

Capítulo 7



Martina y Tomás corrían por los surcos entre las grandes plantas. El maíz estaba muy crecido y había perdido el color verde intenso de la vegetación. Y las panochas, que salpicaban aquí y allá, parecían querer explotar de un momento a otro. El suelo embarrado por las lluvias de los últimos días se les pegaba en los zapatos haciendo más difícil el avance.

—Esto sí que es una aventura —dijo Tomás.

Los dos estaban en paralelo y casi no se veían por el follaje. Incluso sus voces estaban amortiguadas por la vegetación, y los truenos lejanos resonaban sobre sus cabezas.

—Nos queda poco para alcanzar el lugar —gritó Martina—. Mis soldados han dicho que el tesoro está custodiado por un ogro que se come a todo el que penetra en su tierra.

—Por eso mismo me he traído la escopeta especial. —Tomás alzo un palo grueso al aire—. Capitana, ¿cuánto nos falta para que podamos divisar la base enemiga?

—Debería estar cerca, sargento.

Un crujido al otro lado hizo que Martina se detuviera. Centró la mirada en esa dirección. Tomás estaba a su derecha, pero el crujido provenía de la izquierda.

«¿Un jabalí?», pensó.

Sabía que bajaban de las montañas y se alimentaban de las cosechas destrozando todo a su paso. Su padre se lo había dicho y se enfadaba mucho cuando encontraba signos de sus visitas. Y muchas eran las veces que les había advertido de lo peligroso que

es ponerse en su camino. No quisiera encontrarse con uno de ellos justo ahora que lo estaba pasando tan bien.

Sus ojos recorrieron los altos tallos, intentando ver algo y deseando no ver nada a la vez. Se agachó y miró a ras del suelo. Aguzó el oído como una súper heroína, pero nada le llegaba salvo el crujido de las pisadas de su amigo Tomás.

—Tomás —lo llamó.

—Dígame, mi capitana.

—No te muevas.

—A sus órdenes.

El silencio había caído sobre el campo de maíz como una manta. Era como si los animalillos e insectos permanecieran callados y expectantes al crujido que Martina había oído. Porque lo había oído, ¿no? Sí. Y era el sonido que hace una caña seca al ser pisada.

«¿Es posible que sea ella? ¿Que esté mirándome?».

—Mi capitana —gritó Tomás—. ¿Cuáles son sus órdenes?

Martina se sacudió las ideas de la mente y volvió a las andadas.

—Avancemos a paso ligero, sargento. Comuníqueme a sus hombres que no se duerman en los laureles y que estén alerta. Los sensores nos alertan de que no estamos solos. Pronto caerá la noche y no quisiera que nos perdiésemos en esta selva. Y mucho menos que cayéramos en una emboscada.

—¡Entendido!

Los dos emprendieron la aventura de nuevo sin que se dieran cuenta de que, a lo lejos, un nuevo crujido les seguía de cerca.

Y otro.

El campo de maíz se abrió ante sus ojos dando forma a una pequeña explanada.

—Hemos llegado a la base enemiga —dijo Tomás en voz baja—. ¿Qué debemos hacer, mi capitana?

—El ogro está allí delante aparentemente dormido.

«El ogro».

El ser que protegía el tesoro imaginario no era más que un espantapájaros. Un muñeco hecho con unos pantalones tejanos viejos y ajados de su padre y una camisa de cuadros rojos y negros

que casi había perdido el color. Todo el relleno de paja sobresalía como si fuesen dedos y pies deformes. La cabeza era una calabaza con una forma irregular en la que habían colocado un sombrero anticuado y raído.

—Debemos ser rápidos y cautelosos.

A Martina no le gustaba nada el espantapájaros. Siempre había tenido la sensación de que la seguía con su mirada oscura y vegetal, y que se mantenía al acecho esperando a que se distrajera para saltarle encima como un depredador.

Ese muñeco era como un demonio al acecho.

«Y si ha sido él quien nos seguía...», se dijo. ¿Qué haría entonces? ¿Podría escapar de algo así?

—Capitana —Tomás la devolvió al instante donde se encontraban—, si le parece bien, intentaré coger el tesoro mientras usted me cubre desde su posición. ¿Qué le parece?

«¿Qué me parece? Mal. Muy mala idea. Y si salta encima de ti, ¿qué? Dime, ¿qué hago yo?»

—Bien —dijo en contra de sus pensamientos que le gritaban que dejaran el juego y regresaran al molino—, pero no tarde, soldado. —Señaló el cielo, mirando las nubes amenazantes—. Las tropas enemigas se acercan.

Como si los nubarrones supieran que estaban hablando de ellos, un trueno retumbó a lo lejos. Era de esos que duran unos segundos y dan la impresión de no querer detener su grave voz. Un temblor se desplazó por el interior de Martina, como una sensación de que algo malo estaba a punto de suceder.

—Sí, mi capitana. Tiene usted razón. Ya se oyen los cañones, pero no se preocupe. Seré cauto y veloz.

Tomás se fue alejando agazapado entre los tallos. Era mitad serpiente, mitad fantasma. A Martina las plantas le parecían cada vez más amenazantes y perturbadoras, con sus largas hojas como brazos o dedos deformes. Tenía la sensación de que en cualquier momento se abalanzarían encima de ella, le agarrarían con sus fibras vegetales y le arrastrarían bajo tierra para alimentarse de ella.

Un destello oscuro llamó su atención.

«¡Se ha movido!», gritó en su cabeza.

Quería que Tomás regresara y salir corriendo hasta el molino. Alzó la vista buscándolo. No lo veía. Pero sabía que su casa estaba allí. Aunque eso no tranquilizara su respiración, cada vez más veloz, sabía que estaba allí justo al otro lado.

Martina estaba tensa, el horror se la estaba comiendo por dentro y el brillo en la cabeza del espantapájaros le aseguraba que estaba vivo. Igual que en el peor de sus temores. Tenía la certeza de que saltaría a por ella de un momento a otro. La estaba observando con ojos quemados sin fondo. Era el mal. Ese algo ancestral que todos temen. Pensó en salir corriendo y dejar a Tomás allí. Pero ¿qué les diría a los adultos? ¿Que era una cobarde y que había abandonado a su amigo? No. Eso no podía hacerlo. Menuda amiga sería.

Tomás la miró desde su posición y ella aprovechó para hacerle que regresara con los brazos. Él no comprendía.

Otro movimiento. Por el rabillo del ojo vio cómo la sombra del espantapájaros se había movido. Sí. No debía apartar la mirada de él. En cuanto se despistaba, él aprovechaba para moverse. Se estaba riendo de ella. Podía ver una sonrisa en su grotesca cara hinchada. Era negra como sus ojos y en su interior se movían cientos de gusanos blancos y gordos.

Tomás llegó a los pies del monstruo y se deshizo en movimientos triunfales. Martina rezaba para que regresara de una vez. Antes de que fuera demasiado tarde. Y, justo en ese momento, un relámpago deslumbró a los niños, seguido de un trueno tan fuerte que los ensordeció. Tomás arrancó a correr, muerto de miedo por el susto. Martina vio cómo la cabeza del espantapájaros se giraba muy despacio hacia su amigo y su cuerpo se agazapaba como una bestia, preparándose para saltar hacia su presa.

—¡Corre, Tomás! ¡Corre! —gritó.

El niño no sabía de qué huía, pero el rostro aterrado de su amiga intensificó la adrenalina que le corría por dentro, haciendo que sus piernas volaran en lugar de correr. Él era Tomás el valiente, el veloz. Había llegado el momento de demostrar que eran más que palabras. En cuanto el chico llegó donde se encontraba la niña, Martina se unió a la carrera con la certeza de que el monstruo había

cobrado vida y, tras un gran brinco, se les acercaba muy rápido por detrás.

Las hojas les golpeaban los brazos y sus pies se embarraban cada vez más, dificultando la huida, apesándolos al suelo como si los pies echaran raíces. Martina sentía el crujir de las extremidades deformes del espantapájaros detrás de ellos, hundiéndose en la tierra y golpeando las plantas. Sabía que no se detendría hasta alcanzarlos y devorar sus cuerpos.

Solo cuando dejaron atrás el maizal, y se abrió ante ellos la visión del molino junto al río, respiraron aliviados. Sin dejar de correr, llegaron al puente que casi estaba pegado a la casa.

—Se ha puesto difícil —sentenció Tomás mirando al cielo entre jadeos—. Parece que va a caer una buena tormenta.

—Está oscureciendo muy rápido —respondió ella sin apartar la vista del maizal, como si de un momento a otro fuera a aparecer el hombre de paja.

—Me has dado un buen susto allí dentro —le acusó Tomás.

—¿Yo?

—¿Quién si no? Daba la sensación de que hubieses visto algo aterrador de verdad. Tenías los ojos desencajados.

Martina balbuceó antes de responder. ¿Debía decirle la verdad? Miró el maizal y se preguntó si realmente había visto lo que creía haber visto. Últimamente, solo hacía que ver o imaginar cosas raras.

—El trueno me ha asustado —mintió—. Nada más.

—Bueno —dijo Tomás, olvidándose del tema tan rápido como había corrido—. Va siendo hora de que me marche a casa si no quiero que me pille la tormenta. —Se levantó de un brinco—. Hasta mañana.

Tomás se alejó corriendo y cruzó el puente en un santiamén, dejando a la niña sola con la palabra en la boca. Martina se fue a la puerta principal de la casa, pero un escalofrío la puso en alerta. Se sentía observada. Se apoyó en el marco de madera y sus ojos se fueron al límite del campo de maíz otra vez.

¿Qué era eso? Había algo. Sí. ¡Estaba allí!

En ese instante, un relámpago iluminó lo que se escondía entre la vegetación. Pero no, no era el espantapájaros como ella

había imaginado en un principio. Martina vio una silueta más pequeña, casi como la de una niña. Pero su contorno era hecho de follaje, como de las hojas del maíz, y su silueta parecía deforme. Su rostro estaba abultado, como si estuviese compuesto por granos de maíz.

«Es ella», se dijo.

«Viene a por mí».

Y cerró la puerta con un estruendo que retumbó en el molino junto al trueno que se paseó por la comarca.

Capítulo 8



El camino serpenteaba sinuoso como un río de tierra y rocas entre los grandes árboles que cubrían el cielo encapotado y plomizo. Ya habían dejado atrás la última posada hacía un rato. Pancraccio no quiso arriesgarse a toparse con la Guardia Civil. Dos de sus coches estaban estacionados frente a la puerta, junto a un ómnibus cuyo chófer seguramente hacía el descanso antes de seguir con el viaje.

El cielo había oscurecido lo suficiente como para que fuese complicado seguir avanzando. Las copas de los árboles parecía que engulleran el techo sobre ellos. Pancraccio atizó las riendas, haciendo que las mulas se desviasen a un lado del camino. Apartarse hacia un camino secundario no parecía muy buena idea, pero la alternativa quizá era más peligrosa.

—Haremos noche aquí —anunció.

—Hace fresco, señor. —El mozo se frotó los brazos—. Si quiere, podemos seguir e intentar llegar cuanto antes.

—El camino descendiente hasta abajo es peligroso desde aquí, chico. Hay despeñaderos que traicionan incluso a los más expertos animales. Prefiero no correr riesgos innecesarios y tomarlo con calma. Además, ¿no has visto cómo se ilumina el cielo en todo el Este?

El mozo asintió mirando al firmamento.

—Relámpagos.

—Así es. Y el viento que se levanta trae el inequívoco olor del agua de la lluvia. Más agua para los anegados terrenos.

Los orificios nasales del muchacho se abrieron para aspirar con ímpetu.

—Mejor será que nos resguardemos bajo la lona de la tartana y, en cuanto salga el sol al amanecer, seguiremos nuestro camino. Con un poco de suerte, mañana al mediodía estaremos junto al fuego y bien calentitos.

Los hombres aseguraron el carruaje falcando las ruedas, y amarraron a las mulas en un hayedo. Les dieron de beber y de comer, y las acariciaron. Un masaje que los animales siempre agradecían. En cuanto terminaron, la noche casi había caído sobre ellos con su manto perturbador. Un claro entre los nubarrones les permitió ver cómo brillaban las estrellas en lo alto y cómo desde el fondo se iba acercando la tormenta, que amenazaba con destellos luminosos incesantes.

—¿Cree que llegará esta noche? —preguntó el mozo sin apartar la vista del horizonte.

—Me temo que no nos queda otra —asintió—. Este año está siendo muy lluvioso y parece que los dioses se están riendo de nosotros.

—Yo le rezo todas las noches para que nos ampare y proteja.

—Es algo que todos hacemos, chico. Aunque te voy a confiar un secreto —el muchacho aguardó expectante—: Hay otros dioses que quieren ser venerados y muchas veces nos olvidamos de que existen.

—Se refiere a los elementales, ¿no?

—Sí, muchacho. Sé que son creencias que pueden costarte la vida hoy en día, pero es evidente que no todo se lo debemos a un solo Dios como pretende la iglesia católica.

El mozo asentía cautivado. Que Pancraccio le hiciera tal confesión significaba, una vez más, que le tenía una confianza ciega y verdadera. Y eso le alegraba y asustaba a partes iguales. Por un lado, se sentía afortunado de que su amo lo considerase digno de confianza y le hablase como a un igual. Y por el otro, el miedo a no saber corresponderle de similar manera, de no ser capaz de estar a la altura de las circunstancias y de su conocimiento. A fin de cuentas, si no fuese por Pancraccio, que lo sacó del orfanato y le dio una vida mejor, hoy estaría vagando por la ciudad, robando en cualquier sitio o desmembrado bajo un puente por los bandidos.

—Y están ofendidos.

—No me extraña. La guerra nos ha dejado en la miseria mientras enriquece cada vez más al ejercito y a los políticos. Ha hecho que nos olvidemos de la madre tierra como si hubiera dejado de existir.

Pancraccio cortó un trozo de pan y se lo acercó al chico, quien lo aceptó de buena gana.

—Se creen los dueños y señores de lo que ven. Incluso tienen amistad con los alemanes. El profesor, que es un hombre cultivado, dice que Hitler es íntimo amigo del generalísimo. Y de esa relación no puede salir nada bueno, chico. Es un hombre que investiga las artes oscuras y pretende apoderarse de los seres ancestrales en beneficio propio.

—Eso es algo que no entiendo, señor —dijo el mozo aceptando un buen trozo de fuet—. ¿Por qué les atraen estos temas y sin embargo asesinan a los que creen en ello?

—Es simple. —Juntó las cejas y arrugó la frente—. No quieren rivales. Se llevan a los eruditos para fusilarlos. Se llevan a los creyentes para fusilarlos. Cualquier pensamiento diferente o inteligente debe ser erradicado. Quieren ser los únicos que controlen el mundo físico y el espiritual. Y temen que alguien pueda alzarse en su contra.

—¿Y es posible que lo consigan?

—No lo creo. Aunque por el momento nos toca pasarlas canutas a los pobres. La abuela siempre dice que todo mal tiene su equivalencia en el bien y que la vida misma tiene sus vaivenes naturales que equilibran el mundo. Aunque no lo parezca, claro.

—Es una mujer muy sabia.

—Sí, pero por el momento debemos conformarnos con la que nos ha tocado y sobrevivir de la mejor manera que podamos.

El chico asentía. Le daba bocados al pan y al fuet y los masticaba muy bien. Quién sabía cuánto tardaría en poder degustar algo con tanta tranquilidad. Como muy bien decía Pancraccio: aprovéchate y disfruta del ahora, que el después quizá no llegue.

—Cuando la conocí, pensaba que estaba loca —Pancraccio siguió relatando con la mirada en las nubes—, pero el tiempo me ha enseñado que el único loco es aquel que no se atreve a abrir los

ojos ante las evidencias. Y ahora mismo la evidencia es que la diosa de la lluvia nos quiere ver mojados.

Los goterones resonaron en el interior de la tartana dando fe de sus palabras. Bajo la lona estaban protegidos y seguían comiendo y bebiendo. Un bocado de pan seguido de uno de fuet. Una pequeña lámpara de aceite alumbraba el pequeño espacio dando lugar a sombras danzarinas que bailaban al ritmo que marcaba la lluvia.

—Intentemos dormir un poco —dijo Pancracio—. La noche será larga y con la serenata de la naturaleza en nuestros oídos lo tendremos difícil, por no decir imposible.

Dio un soplo y la lumbre desapareció, dejando entrar a la oscura noche en el interior de la tartana.

Capítulo 9



Los truenos acompasaban y hacían temblar los cristales de las ventanas. En el interior del molino, las mujeres terminaban de comer las últimas cucharadas de sopa que había preparado la abuela.

—Madre, está tan deliciosa que me inunda de alegría por dentro—dijo Valentina complaciente—. Creo que deberíamos cerrar el molino y abrir una posada. Sería la envidia de la comarca.

—Qué halagadora eres, hija. Pero el merito es de la pequeña Martina. Hoy ha recogido las mejores verduras del huerto y sin mi ayuda. Además, le ha echado su ingrediente secreto y, por eso, tiene este sabor tan exquisito.

La pequeña se giró y sonrió a la abuela. Ésta le devolvió un guiño y le lanzó un beso.

—Será una mujer de provecho. No tengo la menor duda —asintió Valentina imaginándola en un futuro prometedor.

Pero la pequeña de la familia no quitaba ojo del exterior de la casa. Su mirada reseguía los bordes del campo y, cuando estallaba un relámpago, se apresuraba para distinguir la sombra de la niña en el maizal. Estaba convencida de que era real. Nada que imaginase ni que pudiera inventar su mente. La había sentido. La había visto. No sabía por qué motivo, pero le abrigaba un miedo visceral que le recorría el espinazo como una babosa.

¿Debía contárselo a ellas? ¿A la madre? ¿Quizá solo a la abuela?

No. Se reirían de ella.

Mejor estar callada.

—¿Cómo está el río, Martina? —preguntó María al ver que era en lo que se centraba.

—Mmmm... —balbuceó ella. Desvió la mirada del maizal y se fijó en el puente. El río se veía más oscuro de lo habitual—. ¿Mojado y lleno de agua?

Todas se rieron ante la ocurrencia de la pequeña. A esta le pareció que estaba fuera de lugar y, mirando las caras desencajadas de su familia, presintió que no era el momento de chistes. Algo se les venía encima. Algo terrible. Se giró de nuevo hacia la ventana en el preciso momento en que otro relámpago iluminó el exterior.

Martina dio un respingo atrás.

Allí estaba de nuevo. Era real. ¡Sí! La niña estaba bajo la tempestad como una estatua. Entre los tallos. ¿Pero qué quería? Quizá quería llevársela lejos, al inframundo.

—No te asustes —le dijo María—. Aquí dentro no puede pasarte nada. Estamos protegidas.

«¿Y cómo puedes estar tan segura?».

—Por cierto, María —dijo Fina—. Te has pasado el día en la biblioteca y no has hecho tus tareas. ¿Acaso te crees la marquesa o algo parecido?

—Alguna de nosotras debe cultivar algo más que las verduritas, ¿no? —replicó enojada.

—Si no fuese por nosotras, te morirías de hambre. O quizá podrías sobrevivir comiéndote las hojas de los libros que lees. ¿Por qué no pruebas a hacerlo?

—Mamá...

—Ya vale, hijas. No peleéis por tonterías. Josefina, deja que tu hermana lea lo que quiera. Ya me gustaría que alguna de vosotras pudiera aspirar a algo más que fregar y servir. —Una mueca torció su gesto al recordar la oferta del alcalde.

—¿A algo más? —replicó esta—. ¿Cómo qué? Solo los hombres pueden estudiar para conseguir buenos trabajos.

—Pues yo estoy dispuesta a cambiar las cosas —se defendió María—. Alguien tiene que empezar por romper las reglas. Quizá seré yo la primera erudita de la comarca.

—No rompas tantas reglas, María —le dijo Valentina—. Está muy bien que te guste estudiar y ambiciones con llegar a ser una gran persona, pero tu hermana tiene toda la razón. En casa, un par de manos más nos irían de maravilla. Hay tanto trabajo por hacer que toda ayuda es bien recibida y agradecida. Además, tu padre aún no ha llegado y lo que menos me apetece es que se encuentre con que le espera más trabajo de la cuenta.

Martina se abalanzó hacia su madre.

—¿Cuándo llegará papá? —preguntó, impaciente.

—No lo sé. —Y era cierto. Sus ojos se fueron hacia la ventana—. Espero que no tarde mucho. Con la tromba que está cayendo... el camino le será aún más difícil y duro de lo que ya de por sí le es.

El mero pensamiento de que su padre pudiera estar en apuros por culpa del temporal aplacó los ánimos de las muchachas. Ardían en deseos de tener a su padre en casa y abrazarlo. Preferían que les recriminara no haber hecho las tareas que tenerlo tan lejos y no sentir sus manos endurecidas por el campo y su voz grave y dura.

Juntas, terminaron de recoger la mesa y fregaron los platos. Valentina bajó a la planta inferior para asegurarse de que la corriente del río no causaba ningún daño a los postes o a las poleas del molino. Las chicas protegieron las brasas que aún brillaban enrojecidas y se fueron a sus camas con sus respectivos pensamientos.

Cuando la abuela se acercó a la cama de Martina, se sentó a su lado y acercó sus labios a la oreja de la pequeña. Le dio un beso en el lóbulo y le susurró unas palabras:

—No temas a los seres de la naturaleza —musitó.

La pequeña abrió los ojos como platos. ¿Cómo podía saberlo la abuela?

La miró con ojos interrogantes.

—La has visto ¿verdad?

Martina estaba tan asombrada que no podía articular palabra. ¿Cómo era posible? Eso significaba que no se estaba volviendo loca. Era real como el aguacero que caía afuera. Pero ¿qué sabía de ella la abuela?

—Has visto a la niña de maíz.

Asintió.

Su cabecita se movió de arriba abajo.

Sí.

La había visto. Y la abuela le había puesto un mote.

La niña de maíz.

Capítulo 10



Miró a su alrededor sin atreverse a dar un paso. Todo estaba oscuro y negro. Pero no como las noches sin luna. Era de un color negro líquido, como agua negra. Martina alargó la mano. Tenía la sensación de que tocaría con el dedo la superficie. Pero no lo logró. Ni siquiera llegó a rozarla. De golpe oyó un chasquido a lo lejos. Las paredes acuosas se alejaron y la dejaron en un inmenso espacio vacío.

—Hola —dijo a la nada.

No recibió ninguna respuesta.

Agachó la mirada y se vio los pies. Los movió. Se sintió extrañada por ir vestida solo con el camisón. ¿Se habría levantado de la cama en plena noche o estaría soñando? Dio un vistazo rápido a derecha e izquierda y dio un paso al frente. El suelo se movió también bajo su pisada. Era igual que las ondas que se crean en las aguas de un lago tras lanzarle una piedra. Solo que su pie era la piedra y ella caminaba encima del lago negro.

Otro paso.

Y otro más.

Al rato, vislumbró algo a lo lejos. Centró la visión y apareció un campo de maíz. Las hojas verdes destacaban sobre el fondo petróleo y se balanceaban mecidas por una brisa inexistente. El latido de su corazón se aceleró. Le pareció que algo se movía entre los tallos. Un brillo le recordó el espantapájaros. ¿Era él? ¿Estaba allí esperándola? ¡No! ¡No, por favor! Pero Martina no podía detenerse y el maizal estaba cada vez más y más cerca. La velocidad que llevaba su cuerpo la hizo entrar en el maizal. Sentía

las hojas cortantes golpeándole los brazos y las piernas. Lacerándola y lastimando su piel.

De pronto, el espacio se abrió y el monstruo se situó ante ella.

Tenía la cabeza ladeada y sus ojos negros clavados en ella. Sus manos de paja sujetaban una guadaña que brillaba amenazante. Martina gritó. Gritó con todas sus fuerzas y quiso salir por donde había llegado, pero no podía moverse. Sus pies habían echado raíces. Los dedos de sus manos se estaban fusionando, transformándose en muñones. Los agitó en el aire. Cerró y abrió sus ojos. Pero nada cambiaba. Solo que la bestia estaba cada vez más cerca y sus manos ahora eran panochas de maíz.

El espantapájaros abrió la boca y miles de gusanos salieron de ella, precipitándose al suelo y acercándose a ella como un tsunami latente. El monstruo se agazapó y saltó a unos diez metros de altura. Cuando en un segundo se lanzó a por Martina, se quedó suspendido en el aire.

—No te muevas —la voz de una niña llamó su atención.

Miró a un lado. Allí estaba la silueta de la niña que había visto en el maizal. Estaba de pie con una mano levantada en dirección al monstruo. Lo mantenía preso, atrapado con una especie de poder.

—¿Quién? —balbuceó—. ¿Quién eres?

—Ya sabes quién soy.

—Pero ¿qué quieres?

El corazón de Martina parecía querer estallar.

—Ayudarte.

Entonces, el espantapájaros se retorció en lo alto y profirió un tremendo grito, que retumbó como un trueno que erizó la piel de la niña.

La misteriosa niña cerró su mano y el monstruo estalló en el aire.

Una montaña de gusanos se abalanzó hacia Martina, quien no podía moverse. Solo tuvo tiempo a cerrar los ojos con fuerza y desear con todas sus fuerzas que aquello fuese una pesadilla.

Jueves, 17 de octubre de 1940

Capítulo 11



Despuntaban los primeros rayos de claridad ahogados por las espesas y amenazantes nubes, que no habían parado ni un instante en descargar los goterones de una lluvia intensa, cuando los dos hombres se dispusieron a seguir el camino a casa.

La noche había sido dura y larga, tal y como había predicho Pancraccio. Les había costado mucho pegar ojo por la insistente tormenta. Los ecos retumbaban en sus cabezas como tambores de una banda musical. Las horas se habían transformado en años y las bolsas oscuras bajo sus ojos eran prueba fehaciente de ello.

El mozo desfalcó el carro y recogió las cuerdas que aseguraban a las mulas. Las acarició y les susurró palabras al oído.

—¿Qué les dices, chico? —preguntó Pancraccio, que le observaba con una mezcla de sorpresa y admiración.

—Las consuelo por haber sufrido la inclemencia del tiempo, señor —se apresuró en responder, sonrojándose ligeramente.

—Eres un buen chico —dijo, sintiéndolo de verdad con una leve sonrisa—. La mujer que esté a tu lado será muy afortunada.

—Gracias, señor.

El mozo amarró las mulas a la tartana y terminó de asegurar los amarres. Cuando se montó al carruaje, una mano le atizó la cabeza. Pancraccio le revolvió el pelo.

—Ese pelo de fuego es como una llama en la oscuridad, chico —dijo—. Si lo usas con sabiduría, atraerá a las chicas como la luz a las moscas.

—¿Usted cree? —preguntó sorprendido, encendiéndoseles las mejillas.

—Por supuesto, hijo. Nunca te mentiría.

Atizó las riendas y las mulas emprendieron el camino con un movimiento brusco que echó para atrás al mozo y lo hizo caer de espaldas. La carcajada de Pancraccio rebotó en las hojas mojadas de las copas de los arboles que los envolvían. Al poco, el chico se unió a la risotada sin poder levantarse. Le dolían las tripas y permaneció así durante un buen trecho.

El camino estaba muy embarrado y dificultaba el transito por él. El agua había quedado estancada en multitud de charcos y el movimiento de tierra era evidente en los grandes surcos que se perdían a un lado, directos al vacío. Aquél camino discurría resiguiendo la montaña como una gran serpiente que zigzagueaba por ella. Cuando los árboles les dejaban ver algo, más abajo se distinguía la amenaza de una gran caída. Por allí no circulaban los coches, escasos y solo para los ricos, solo los ómnibuses para los que podían pagar el trayecto.

Pero lo que preocupaba a Pancraccio era encontrar una patrulla de la Guardia Civil. Para nada le apetecía tener que dar explicaciones y mucho menos fingir una devoción hacia el generalísimo que no profesaba. Además, era bien sabido que requisaban lo que se les antojaba en cuanto les apetecía.

—Señor... —la voz del mozo lo apartó de sus preocupaciones.

—Dime —respondió sin mirarlo.

—Sobre lo que me dijo antes... —Pancraccio lo miró sin saber a qué se refería—. Quiero decir... lo de las chicas.

El hombre asintió dándole pie a seguir.

—Si no es abusar de su hospitalidad y consejo, me gustaría saber cómo se hace.

—¿Cómo se hace el qué?

—Cortejar a una señorita.

Pancraccio se rió, pero al ver que el mozo agachaba la cabeza afligido, éste le dio un par de golpes en la espalda.

—Antes de la guerra era una cosa, pero ahora ya estoy viejo para aconsejarte —se excusó.

—¿Cómo lo hizo con su esposa?

—Fue una especie de acuerdo entre familias. —Sus labios se curvaron y en sus ojos apareció un brillo—. Ella era la única hija del

molinero del Collell y yo el pequeño tarado —se señaló la cadera de la que cojeaba— de los hortelanos de Castellfollit. Mis padres y los de ella zanjaron una disputa entre familias con nuestra promesa. Intentando así pulir y terminar con el odio acumulado durante años.

—Y lo lograron.

—Mis padres se entregaron por completo a las tropas e incluso llegaron a forjar una alianza entre ellos. Por decirlo de algún modo, se convirtieron en los chivatos y vigilantes que avisaban a la guardia cuando sospechaban que algún vecino se unía a la república.

—Pensaba que solo lo hacían los curas y los porteros de edificios. Me refiero a cantar los secretos de los demás.

—Así es, chico. Curas, porteros de edificios y todo aquel con un alto poder adquisitivo. Pero en los pueblos no es tan sencillo controlar a la población. Y los serenos, junto con algunos que otros devotos, suplieron la ausencia de porteros. Por el contrario, la familia de mi esposa estaba marcada como rojos. Tanto su padre, como los hermanos de este, se unieron a las tropas revolucionarias que no creían en las palabras del Caudillo. El miedo, la represión, la hambruna y la falsa esperanza de mejorar las cosas no son más que una farsa que quiere mantenernos amordazados.

—Es peligroso decir algo así, señor.

—Sí, chico. Y puede costarte la vida. Si en esos tiempos yo hubiese tenido el cerebro vacío como mi familia, hoy ninguno de ellos, ni mis suegros ni mi esposa, seguiría respirando. Sería un bonito recuerdo para atemorizar a los demás y mostrarles a dónde les llevaría la desobediencia.

Pancraccio dio un largo suspiro antes de seguir.

—Amo a mi mujer con toda mi alma y ella me ha regalado lo mejor de su ser: cuatro hijas que espero se conviertan en grandes mujeres. No sirvientas ni trabajadoras sin cabeza, sino en pensadoras, en cultivadas y eruditas. Pero para ello debemos mantenernos con la cabeza gacha y ocultar nuestras verdaderas creencias. Algún día, cambiarán las tuercas y una vida mejor nos abrazará.

—¿De verdad cree posible algo así?

—No lo dudes, chico. Toda represión aumenta exponencialmente la lucha por la supervivencia.

—Cómo me gustaría poder tenerlo de suegro y aprender de usted, señor. Es un gran hombre.

La mirada de Pancracio cayó sobre el muchacho como un pedrusco de la cantera; duro, frío y macizo.

—¿Me estás preguntando algo? —la pregunta heló al chico, que se puso blanco como la harina.

—No... Bueno... sí. Quiero decir que...

—¡Cállate! ¡Ya basta! —lo cortó.

El silencio pareció congelar al muchacho, que ya ni siquiera se sentía el latido del corazón. Entonces, Pancracio habló:

—Tienes mis consejos para orientarte siempre que los necesites, chico. Para mí hace tiempo que dejaste de ser un simple sirviente. Te considero mucho más que alguien que me ayuda en casa, en el huerto y el molino. Tienes buen corazón y eso te hace muy grande. Solo te diré una cosa y que te quede muy presente de ahora en adelante: cuando creas estar listo para darle a una de mis hijas la vida que se merece, solo entonces hablaremos de este tema. ¿Me has entendido?

El mozo asintió con la cabeza. Aquello no iba tan mal como podía haber parecido en un principio. ¿Le estaba dando el visto bueno? ¿Acaso lo aceptaba?

—He dicho que si me has entendido —repitió con la voz más dura.

—¡Sí, señor! —se apresuró en responder intentando sonar más grave y adulto.

—Perfecto, pues —asintió Pancracio a su vez—. Y ahora dime, muchacho, por cuál de ellas suspira tu corazón.

Capítulo 12



La abuela siempre era la primera en levantarse. Valentina, su hija, persistentemente se reía de ella diciéndole que en otra vida había sido una gallina y que esa era una reminiscencia de su existencia anterior. Con lo cual, y tras las risotadas de rigor, la abuela respondía que era cierto y que su trabajo era cuidar de los polluelos, en ese caso, de las damas del hogar que aún tenían cáscaras de huevo en sus cabezas.

—¡María! —llamó Valentina poniendo un tazón de leche en la mesa—. ¡Levántate ya o se te enfriará el desayuno!

—No se preocupe, Madre —habló Josefina—. La prefiere fría.

—Es como una rata de biblioteca —dijo Jacinta, dando un buen bocado a su rebanada de pan—. Creo que tiene el estómago lleno de páginas y páginas de historia y geografía.

—¡No hables con la boca llena, Jacinta! —le recriminó su madre—. Ya podría pegársete un poco de su interés por aprender.

La hija levantó los ojos al techo y paseó la mirada por las bigas de madera.

—¿Y qué se gana con los libros? —se defendió—. Lo más seguro es que las monjas terminen por lavarle el cerebro y convirtiéndola en una hermana más, una hija del señor que pasará el día y la noche orando y sirviendo a su señor todopoderoso. —Juntó las manos a modo de rezo.

—No te burles así —le golpeó con el trapo de cocina y ella respondió con un grito fingido, parecido a un aullido.

—Tranquila, madre —saltó Josefina en su defensa—. A Jacinta le interesan más los chicos que los libros.

Todas, excepto la madre, rieron a carcajadas.

—No me dirás que sigues viéndote con ese joven —acusó arrugando la frente.

—Se llama Toni, madre. Y es muy bueno conmigo. Y tiene muy buenas ideas en cuanto al futuro.

—Con el trabajo que tenemos en el molino, en el huerto, en los campos y los animales y tú pensando en chicos...

—Invítalo a comer un día de estos, Valentina —dijo la abuela. Atizaba las brasas del fuego a tierra, pero se le intuía una sonrisa. Una de esas que se dibujan sin que podamos remediarlo, aunque queramos.

—¿A casa? —se alteró y abrió los ojos como platos juntando los labios y apretándolos con fuerza—. ¿Cómo se te ocurre algo así? Son muy jóvenes para ennoviarse. Imagínate lo que sería si...

—¿Qué edad tenías tú? —la abuela le cortó sin que pudiera seguir replicando—. ¿Acaso no te acuerdas?

—Eran otros tiempos, madre —se defendió ligeramente sonrojada—. Jacinta debe cumplir con su obligación. Ya tendrá tiempo de formar una familia.

—Abuela —se metió Jacinta—, cuéntenos la historia de amor de madre. Por favor, abuela.

—¡Jacinta, tú a lo tuyo!

Valentina estaba muy irritada. ¿Estarían confabulando todas en su contra? No. Eso no era así.

—Por muchas barreras que le pongas al río, éste no hará más que crecer y crecer hasta que un día, cuando menos lo esperes, las grietas lo derriben y el agua se abra paso, libre, hasta el océano.

Ninguna de las chicas ni la madre respondió ni replicó. La palabras de la abuela eran sabias y certeras. Valentina se refugió en el pensamiento de que su hija haría lo que debía: quedarse cuidando de la familia. Por el momento. Josefina envidió no poder ser tan alocada y despreocupada como su hermana. Jacinta se veía lejos de los muros del molino y de las rejas que su madre se empeñaba en construirle. María, por su parte, pensaba en regresar a la biblioteca del convento para seguir estudiando de aquellos libros de lomos desgastados y paginas amarillentas.

La abuela se sentía satisfecha por haber atizado las llamas entre las mujeres de la familia. Tenía la certeza de no poder hacerlo siempre, pero hoy había logrado controlar el fuego. Sin embargo, la pequeña Martina se había mantenido en silencio todo el rato, algo que no había pasado inadvertido para la matriarca del molino. El recuerdo de la noche anterior era muy vivo en ella: el miedo en el maizal, la sombra de la niña observándola y, sobretodo, las palabras de la abuela.

—Hablando del río —dijo Valentina al ver que María se ponía el chaquetón encima de los hombros—. No es buena idea ir a la ciudad. ¿Has visto lo crecido que está?

Cierto. Tras una noche de intensa lluvia, el río bajaba bravío y sucio. Las chicas se apretujaron en el cristal de la ventana para verlo mejor.

—Pronto llegará al límite —aseguró Josefina.

—Pero si ya no llueve —se excusó María, que no pensaba permanecer en el molino un minuto más de lo necesario—. Además, le prometí a la hermana Encarnación que hoy le ayudaría a clasificar los tomos nuevos que le han llegado.

A Valentina no le gustaba nada. Negaba con la cabeza como si no pudiese detener el vaivén.

—Es cierto, madre —añadió Josefina—. Ayer me habló de esos libros. Resulta que son muy importantes para el convento. Incluso creí entender que el Obispo tiene prevista una visita a la ciudad para bendecir o algo así la comarca.

Valentina torció el gesto. Josefina era la mayor y la más sensata. Si ella lo decía, debía de ser cierto.

—De acuerdo, pero no regreses tarde. No me gusta teneros lejos en días como estos. Entre el trabajo y esas nubes oscuras, me da mala espina todo.

—Yo te ayudaré con los animales —aseguró la mayor de las hermanas—. No te preocupes.

—Y yo me iré a la sastrería —añadió Jacinta—, debo cumplir con mi obligación. Si no, no tendré mi paga, madre.

Valentina se veía sobrepasada. Oteó cada una de las mujeres que la rodeaban y al fin cedió

—Habéis confabulado para moldearme a vuestra voluntad, ¿verdad? —sugirió—. Creo que sois más listas de lo que me temía.

Se alzó con fuerza renovada y fue directa al perchero.

—Yo también tengo que ir a la ciudad —dijo mientras cogía el abrigo y se tapaba la cabeza con un pañuelo de color chocolate—. Así que nos vamos las tres.

Valentina, Jacinta y María se resguardaron bien de la humedad y el frío del exterior, y salieron a paso ligero. Cruzaron el puente de piedra e inevitablemente Valentina perdió la vista en las aguas. Golpeaban la pared con tanta fuerza que rugía como una bestia agresiva. Le pareció que trozos del material del que estaba hecho se desprendían y eran engullidos por las fauces de la bestia de agua. Se santiguó haciendo el símbolo de la cruz en su frente y le rezó a Dios que las ayudara. En lo alto, las nubes ennegrecidas parecían moverse y rugir como el río bajo sus pies.

Capítulo 13



—Abuela —llamó la niña cuando Josefina desapareció por la puerta.

—Dime, mi tesoro.

—Ayer... —le costaba decir lo que quería, pero sabía que era el único modo de conocer la verdad. De saber a qué se refería la abuela con sus palabras. Cogió una gran bocanada de aire y dejó que la exhalación arrastrara sus dudas hacia fuera—. ¿Qué me dijiste cuando nos acostamos?

La abuela se sacudió el delantal y de este apareció una nube de polvo de cenizas. Martina pensaba que la abuela intentaría hacer ver que no había sido más que parte de su imaginación, como ocurre en el tránsito entre la vigilia y el sueño.

No fue así.

—Me di cuenta de que anoche no apartabas los ojos del maizal. Tenías la cara pálida como si hubieses visto un fantasma. ¿Lo recuerdas?

—Sí —asintió.

—Y supuse que sería porque habías visto a alguno de los seres de la naturaleza, quizá a la niña de maíz. Por eso, cuando te arrojé para acostarte, te aconsejé que escucharas sus palabras.

—No lo entiendo, abuela. —Levantó las cejas formando un arco—. No me dijo nada. Pero sí que me dio muchísimo miedo. —La niña permaneció unos segundos dubitativa—. Pero ¿cómo sabes lo que vi?

—Porque yo también la vi hace muchos años, cuando tenía tu misma edad. Y me asusté mucho.

Martina se quedó de piedra y sus ojos se abrieron como platos. «¿La abuela la ha visto? No es una ilusión. ¡Es real!»

—Es una niña que forma parte de una de las leyendas más antiguas de la comarca, cielo —relató al ver que la pequeña permanecía en silencio—. Y se remonta a tiempos que cuesta nombrar. Mi propia abuela me contó que, hace muchísimos años, la comarca estaba habitada por brujas. No eran mujeres con grandes narices y verrugas en el rostro como nos dicen los cuentos. Ellas eran bellas y hermosas como flores. Cultivaban plantas y flores y de los elementos extraían elixires y ungüentos que ayudaban a defenderse de los males.

—¿Como lo que haces tú? —preguntó la pequeña, sorprendida.

—Sí, mas o menos como lo que hago yo. —Tomó aire antes de seguir—. Se dice que, cuando los romanos empezaron la conquista de estas tierras, las percibieron como una amenaza terrible. Pensaban que sus bailes y salmodias eran un canto a los demonios. Sus bellezas eran trampas para atrapar a los incautos hombres entre sus redes y, una vez hipnotizados, rebanarles el cuello para beber su sangre caliente e incluso devorarlos. Creían que podían mantener a un hombre con vida e ir devorándolo poco a poco.

—¿Y era cierto?

—No. No era más que el miedo a lo desconocido lo que les hacía pensar de ese modo. Y de ese modo tenían una excusa perfecta para acabar con aquellos que pensaban diferente a ellos. El miedo es el mal más peligroso, Martina. Hace que las personas actúen sin pensar y ensalza sus sombras más oscuras. Y, durante aquellos tiempos ya de por sí difíciles, dio comienzo a una persecución despiadada.

—¿Como la guerra que hemos pasado y las mentiras que debemos decir para vivir tranquilos?

—Perfecta comparación —aseguró la abuela señalándola con un dedo—. Eres muy lista, cielo. Aquellos hombres persiguieron y capturaron a todas esas mujeres, a sus maridos e hijos, y los encarcelaron. Tan solo hacía falta que se dudara de ellas o que alguien las delatara. Las torturas eran el plato del día. Buscaban una confesión, una certeza de que aquellos miedos eran reales y de que

actuaban en nombre de sus dioses buenos. ¿Y sabes qué? Lo hicieron. Confesaron ser hijas de Satanás. Pero ¿qué harías si te estuvieran desollando viva? ¿Qué dirías si desollaran a tus seres queridos ante tus ojos? ¿Acaso no suplicarías ser lo que te dijeran que eres? La muerte sería el final más dulce.

Martina se imaginó atada de manos y pies. Delante de ella, sus hermanas siendo torturadas y laceradas. Diría y haría cualquier cosa por detener el sufrimiento y acabar con el dolor.

—Cuando los soldados tuvieron lo que querían, quemaron casas, derribaron templos e iglesias y, dedicándole mucho tiempo y esfuerzo, fueron matando a cada una de las supuestas brujas de la comarca. Las más afortunadas pudieron escapar y se marcharon montañas a través, huyendo a Francia, donde comenzaron nuevas vidas con nuevas identidades.

—Así que la niña de maíz es una de esas brujas...

—En esta, nuestra tierra, vivía una de las familias más entregadas a la naturaleza. Eran conocidos por sus curaciones e incluso por los milagros que lograban. Sus pomadas, ungüentos y aceites eran un bien deseado que debía estar presente en todos los hogares. Aunque muchos lo hacían en secreto, la verdad es que todas las personas acudían a ellas en cuanto las cosas se torcían. Se decía que la madre de la familia era una Elemental pura, una hija de la naturaleza.

—¿Un hada?

—Algo así, sí. Su marido y ella habían tenido dos preciosas hijas de tez blanca y pecosa con un pelo rojo como las panochas del maíz. Eran muy queridos en la zona y la alegría de sus corazones se contagiaba a todo aquél que se acercaba a ellos. Sin embargo, con las acusaciones de brujería, un atardecer, los romanos llegaron a sus tierras portando antorchas. Una de las niñas, que estaba jugando en el maizal, se aterrorizó al ver que se acercaban los hombres como una serpiente en llamas y corrió para advertir a sus padres y hermana. Sin embargo, cuando ésta salía de la vegetación, la madre le hizo unas señas con la cabeza. Le estaba diciendo, ordenando, que se fuera, que no saliese o expusiera a miradas ajenas. ¿Qué debía hacer la pequeña?

—Escondarse —Martina respondió a pesar de que la pregunta no iba dirigida a ella.

La abuela asintió y siguió relatando.

—La pequeña anduvo hacia atrás, perdiéndose de nuevo en el campo. Desde allí, sus ojos claros observaron aterrados cómo apresaban a la familia entera. Cada uno de los miembros fue llevado a la plaza del pueblo y atado a un mástil de madera.

—Qué horrible... —A la pequeña se le escapaban las lágrimas.

—La niña siguió a la multitud desde una distancia prudente. Oía el choque de las lanzas en los adoquines, el crujido que hacía el roce del metal con el metal de sus chalecos y cascos. Sus ojos, inundados en lágrimas, parecían dos ríos. Nada, ni tan siquiera las historias de monstruos que a veces le habían contado, le habían preparado para lo que estaba a punto de presenciar. Un hombre vestido con metales más brillantes que los demás y la cabeza cubierta con un casco, también férreo, se dirigió a los demás diciendo «Nuestro venerado César ha sido informado de las prácticas demoníacas que se realizan en esta tierra salvaje. Y su voluntad y benevolencia para salvaguardar a su buena gente, los habitantes que le obedecen, es acabar con toda influencia del mal. Esta familia ha sido acusada de prácticas satánicas con adoración al diablo y, como tal, será enviada de nuevo a los infiernos de los que escaparon». Hizo una seña a otro hombre que vestía una larga túnica negra con veteados relieves dorados y prendió la pira.

La abuela suspiró y mantuvo el silencio unos segundos para luego proseguir:

—El hombre, la mujer y su hija gritaron hasta que desfallecieron, derretidos y calcinados. Mientras, entre las sombras, a la otra hija se le secaron los ojos. No le quedaban lágrimas por derramar. Ardía en deseos por gritar, por saltar encima de aquellos hombres y rajarles el cuello uno a uno, pero no podía. Tan solo era una niñita frente a un ejército terrible. Y, por si eso fuera poco, una voz se alzó sobre las demás, advirtiendo a los generales romanos que la familia de brujos estaba incompleta. Allí faltaba otra hija. No tardaron ni cinco minutos en emprender el camino al molino para buscar y apresar a la pequeña. Ella corrió despavorida hasta su casa, pensando en el mejor lugar donde esconderse. ¿Quizá huir

atravesando la montaña? En lugar de eso, que quizá hubiese sido lo más sensato, la pequeña se metió en el maizal, se adentró hasta donde su padre había colocado aquel ser de paja que ahuyentaba a los cuervos y pájaros hambrientos. Justo a sus pies, la tierra era más blanda. Así que, con la única ayuda de sus manitas, empezó a excavar un agujero. Los gritos y vítores de los hombres estaban cada vez más cerca y la luz del fuego se reflejaba en la oscura negrura del cielo. Cuando el hoyo fue lo suficiente profundo para meterse dentro, saltó al interior y se fue cubriendo de la misma tierra que había sacado y de los tallos que iba encontrando. Nadie la encontraría allí debajo. Con el paso de los minutos, los soldados se fueron desesperando al no encontrarla. Optaron por ir destrozando el molino, los muebles y botijos. Nada escapaba a su odio. Pero la pequeña seguía sin salir. El general, cansado y con ganas de regresar a la comodidad de una buena cama, dio su última orden: quemarlo todo. Si la pequeña bruja estaba escondida allí, ardería purificada por el fuego.

Martina abrió los ojos de par en par, impactada por las palabras de su abuela.

—El fuego devoró hasta el último rincón del molino, la casa adyacente, el establo y la cabaña. Acto seguido, hicieron lo mismo con el campo de maíz. Las llamas creaban columnas que se arremolinaban hasta el cielo soltando chisporroteos como alaridos. Gritos que los romanos atribuyeron a la pequeña bruja. Ella, sin poder ver nada allí debajo de la tierra del maizal, solo podía ser consciente del calor cada vez más abrasador y del olor a cenizas que penetraba en sus debilitados pulmones. Nadie encontró jamás el cuerpo de la pequeña. Los romanos se fueron satisfechos y los vecinos intentaron encontrar una explicación plausible. Que si se había marchado lejos, que alguien le habría ayudado... Pero a ninguno se le ocurrió mirar debajo del espantapájaros. Allí pereció y regresó junto a la madre tierra. Con el tiempo, algunos de los habitantes aseguraron haber visto a una niña rondando los campos. Decían que recorría los maizales oculta entre los tallos. Poco a poco, fueron apuntando a que se trataba de ella y la bautizaron como la niña de maíz, ya que los más pequeños de las casas aseguraban haber podido hablar con ella y decían que sus ropas

eran hechas de hojas del maíz, su pelo del color del cabello de las espigas y su rostro espigado como una mazorca.

—¿Y qué hacía? —preguntó Martina intrigada— ¿Buscaba venganza?

—No. Al contrario. Los niños decían que la niña de maíz los advertía de la cercanía de un mal. De algo que les haría daño y les daba consejo para sobrevivir.

Martina estaba tan sorprendida que no podía decir nada.

Ella había creído que se trataba de una pesadilla como tantas otras había tenido. Quizá era un monstruo que se la quería llevar a su cueva, El hombre del saco. Pero no. ¿Era posible que se tratara de la niña de maíz? ¿La de la historia de la abuela? ¡Una elemental! La hija de un hada o de una bruja ancestral.

—Cielo —susurró la abuela mientras ponía una mano en el hombro de la niña—, ¿la has visto verdad?

La pequeña asintió.

—¿Te ha dicho algo?

Se encogió de hombros.

—¿No te ha dicho nada o no la has entendido?

Un segundo después:

—No lo sé.

—¿Qué no sabes?

—No sé si quería hablarme. Pensaba que era un demonio y que iba a comerme.

Un golpe disparó el corazón de Martina y rompió la concentración entre nieta y abuela. Josefina, plantada en el umbral, vio que ocurría algo.

—¿Qué? ¿Habéis visto un fantasma o qué?

Capítulo 14



La hermana Encarnación recibió a María con una amplia sonrisa y una bandeja de galletas recién horneadas que olía de maravilla.

—Muchas gracias, hermana —dijo mientras se llevaba una a la boca y le daba un gran mordisco—. Lo cierto es que siempre tengo un hueco para sus galletas.

—Las hermanas ya no son tan agradecidas como tú. Dicen que les aburren las mismas recetas de siempre.

—Entonces, podría probar a añadirle algún ingrediente nuevo —sugirió María andando hacia la sala—. No sé... quizá con pepitas de chocolate o con semillas de cereales.

—Me parece una idea estupenda —se alegró la hermana—. Y tú deberías ayudarme. Tienes muy buenas ideas.

—Si quiere, después de ordenar los libros, podríamos probar a hacer algo.

—Trato hecho. Por cierto, han llegado los tomos que esperábamos. Creo que te interesará leerlos.

—¡Por supuesto! —exclamó entusiasmada—. Por eso estoy aquí, Hermana.

María y la hermana Encarnación se dirigieron a la sala de lectura, a la que la joven llamaba «La biblioteca». Había escuchado que en la gran ciudad de Barcelona había una de verdad con multitud de estanterías que llegaban al techo y albergaban cientos y cientos de libros, algunos escritos a mano y con tapas de cuero.

«Cómo me gustaría poder vivir en una biblioteca».

Se sentaron en la mesa y la hermana le mostró uno de los libros nuevos. Era pequeño, de tapa dura y de color verde con letras

blancas en relieve que versaban: *Los secretos de las plantas*. María pensó enseguida en la abuela. Le encantaría poder conocerlos, aunque ella ya disponía del conocimiento que le había transmitido la suya. Quizá un día podría llevárselo y leérselo. Pasó los dedos por las letras y sintió su tacto rugoso.

—Este lo ha escrito un doctor alemán —anunció, con grandes movimientos que blandían su atuendo—. Dicen que lleva toda la vida hablando con las plantas y que durante la guerra tuvo que esconderse en cuevas secretas, ya que los soldados de Hitler lo querían para sus experimentos —se agachó con las manos en la boca como si aquello fuese a atenuar sus palabras— sobrenaturales.

—¿Y lo encontraron?

—No, por ahora —susurró—. Se cree que sigue oculto en la cueva. Pero parte de su obra publicada es de la más buscada. Y este tomo es uno de los secretos que debemos ocultar.

María se selló los labios con los dedos e hizo ademán de tirar una llave imaginaria.

—¿Y el obispo lo permite? Me da que no tiene mucho que ver con el catolicismo.

—No todas las hermanas actúan ciegas a las viejas enseñanzas, María.

La hermana Encarnación abandonó la estancia, dejando a María con el libro. Confiaba en ella lo bastante para explicarle los entresijos y secretos que guardaban entre las paredes del monasterio. Incluso las místicas y tenebrosas. No todos los curas ni las hermanas eran fieles devotos del generalísimo ni de sus leyes, y era difícil saber de quién fiarse.

Con la ayuda de una vela, recorrió los pasillos y encendió los candelabros que no solo decoraban la sala. Hoy la luz que entraba por los ventanales era escasa y triste. Como el día en el exterior, cubierto de un cielo plomizo amenazante y peligroso. Las sombras creadas por las danzarinas llamas bailaban como bailarinas de ballet. Las columnas góticas se alzaban hasta el techo, donde las vigas cruzaban de lado a lado con un entramado de serigrafías paralelas.

Al rato, María estaba tan inmersa en la lectura que no oyó a la hermana entrar de nuevo en la sala. Portaba un tazón de leche y, al dejarlo a su lado, dio un respingo.

—¡Uy! —exclamó—. Qué susto.

—¿Tan metida estás en sus páginas? —preguntó con los labios curvados hacia arriba—. Así que es interesante.

—Mucho —asintió.

—Seguro que no te has dado cuenta ni de la hora que es.

María negó.

—Casi es la una del mediodía y me da que tu madre te necesita más que yo aquí.

«¿Ya? ¿La una?».

—Si no nos ha dado tiempo a preparar ninguna galleta.

—Dejaremos los postres para otro día. No te preocupes.

El tiempo le pasaba a una velocidad de vértigo cuando leía. Por eso, su madre se enorgullecía de que lo hiciese tanto. «Para ser y lograr algo en la vida, se debe trabajar duro y con tesón. Y tú, mi pequeña María, tienes un don. Harás lo que te propongas», le decía. Cerró el libro en cuanto le puso la cinta roja para marcar la página y poder seguir la próxima vez. El sonido recorrió la estancia con motitas de polvo que brillaron en la claridad.

—¡Hermana! —exclamó con preocupación—. Le pido disculpas. No le he ayudado en nada. Me he pasado las horas perdida entre las páginas.

—Me alegra y satisface más haberte tenido aquí, conmigo. Ya te he dicho que no quiero que te preocupes. Tendremos otros días. Lo que cuenta es que hayas tenido unas horas de provecho que te harán mejor persona.

—Creo que debería irme...

—Estoy de acuerdo —sentenció—. Y llévate este cesto con las galletas que han sobrado.

María oteó el contenido del cesto de mimbre que le dio la hermana y su rostro se iluminó.

—¡Pero si hay muchas! —exclamó— Aquí hay para todas las hermanas del convento.

—Como te he dicho, ellas están hartas de comerlas y tú te las mereces y lo agradeces mucho más. La botella de vino dulce es

para tus padres. No te la bebas por el camino a escondidas ¿eh? — le guiñó un ojo.

Sus risas recorrieron los pasillos del convento con un viento fresco y húmedo. La corriente de aire no traía consigo más que preocupación. La misma que tuvo la hermana Encarnación al ver el cielo negruzco encima de las montañas. Era como si el mismísimo demonio se preparase para bajar a la tierra.

—Toma, María. —La hermana le puso un chubasquero por los hombros y se lo abrochó debajo del cuello. Le colocó la capucha y tiró de los cordones para atarlos fuerte a su cuello.

—Que me ahogo... —exageró María tosiendo.

—Si te empapas y te resfrías, no te veré en tiempo. —Le agarró la cara envuelta con el plástico verde oscuro y puso cara de pena—. Y eso no podría soportarlo. Así que vete corriendo a casa y da muchos recuerdos a todos.

Soltó a María y le pareció como si liberase a un pajarillo. Sus piernas se movían con gracia y rapidez. Del cielo empezó a caer una fina cortina de lluvia.

—¡Y vuelve pronto! —gritó.

Pero María no la escuchó. Todo quedó amortiguado por un trueno que cayó como una plancha de acero sobre ellas.

Allí arriba se había estado preparando una tormenta de las que hacen historia y ninguno de los habitantes de Olot ni de los alrededores podía imaginarlo.

Capítulo 15



Pancracio intuyó que algo no marchaba bien incluso antes de ver el movimiento entre los árboles, pero no dijo nada. Era como cuando te llega a la nariz el inconfundible aroma a humedad, a lluvia recién caída, y tienes la certeza de que se acerca una tormenta. Con el paso del tiempo había aprendido a observar esos cambios sutiles en la vida diaria. Algo que le otorgaba cierta credibilidad entre sus compañeros. Desde predecir el cambio del tiempo hasta leer en la vegetación y escuchar a los insectos. No era de extrañar, sin embargo, que en la fonda también se rieran de él. Sobre todo, cuando las barrigotas de algunos se llenaban con demasiado vino y les nublaban la mente y soltaban las lenguas.

Pero eso a él no le importaba. Seguía pensando en poder predecir antes que los demás los detalles y mejorar en ello. Sus padres le habían puesto ese nombre precisamente por el significado que tenía: todopoderoso. Y en esos momentos en los que dudaba de si llegaba a ser un hombre entero por culpa de la cojera, recordaba todos los detalles que le conferían una inteligencia y precisión fuera de lo común.

Por eso, cuando su olfato percibió el olor a vino rancio mientras seguían descendiendo la montaña, supo que no estaban solos. Lejos de asustar a su mozo advirtiéndole del peligro que los acechaba, optó por seguir a un paso ligero. Sabía, por lo que contaban los campesinos, del peligro que yacía entre la vegetación.

La sombra entre los árboles saltó al camino y se le unieron tres más.

—¡Mierda! —gritó el mozo.

Pancracio tiró de las riendas de las mulas y estas se detuvieron.

Cuatro hombres les apuntaban con escopetas y pistolas. Llevaban los rostros sucios y barbudos, y sus ropajes gruesos se veían raídos como sus cabellos. El de la derecha, más alto y fornido que el resto, mostraba sus enormes brazos con una camisa sin mangas.

—Buenas tardes, señores —habló el de la izquierda. Era delgado, pero fuerte. Hizo una leve reverencia con la cabeza y su pelo oscuro se balanceó—. ¿Adónde se dirigen?

—Buenas tardes —respondió Pancracio, cordial—. Nos dirigimos a Olot después de unos días duros bajo la lluvia.

Dos de ellos caminaron a ambos lados de la tartana.

—Así que son mercaderes —se alegró—. Nos encantan los mercaderes. ¿Verdad, chicos?

Éstos asintieron y profirieron un «Sí» que hizo callar a los pájaros.

—Verán, mis amigos y yo llevamos días sin comer nada decente y... hemos pensado que quizá ustedes... serían tan amables de invitarnos.

—Sería un placer —decidió seguir con la cordialidad. A fin de cuentas, cuando apuntan con una escopeta no quedan muchas opciones—. Pero la verdad es que no tenemos nada, quizá puedan llegar hasta la posada que hay más arriba y...

—Qué lástima escuchar eso... —negó con la cabeza de un modo exagerado.

—Si les apetece un poco de pan y embutido que nos ha sobrado... podríamos compartirlo con ustedes.

—¿Has oído lo que ha dicho el señor? —preguntó el hombre al grandote y este asintió simulando una cara lastimera que no le pegaba—. ¡Nos está ofreciendo las sobras! ¿Acaso nos confunde con gallinas?

—No, no, no. Eso no está bien, señor.

—Creo que no me ha entendido. Lo que yo digo es que...

—¿Que no le hemos entendido? Sigue faltándonos al respeto. ¿Acaso nos llama tontos?

—Esto no está bien —dijeron los hombres que estaban a cada lado. Lo dijeron a la vez como si se tratara de parte de una obra.

—Si es que, por más que intento ser amable, no me dejan. — El bandolero se pasaba la escopeta de una mano a la otra—. Mira que ser educado es como una obsesión para mí. Pero que la gente me juzgue por mi apariencia... —Se perfilaba la larga patilla con los dedos—. Eso no lo soporto. ¿Acaso tengo que ser un ladrón o un abusón sin modales por llevar esta vestimenta?

—Nadie ha dicho eso —replicó el mozo, pero Pancraccio le ordenó que no siguiera. Sabía que ya no había nada que hacer.

—¿Lo veis? —preguntó al aire— Y ahora resulta que soy un mentiroso.

Pancraccio bajó la mano hasta el garrote, temiéndose lo peor.

—En fin —se lamentó—, no me habéis dejado opción. ¡Bajad!

Capítulo 16



—Tenga. Deberá ponerse el vestido y la cofia siempre que esté dentro —le dijo la mujer con los labios apretados casi tanto como su pelo, apretado en un moño alto cubierto a su vez por una cofia de color oscuro—. Acuérdesse que solo se le permite entrar y salir por la puerta del servicio.

Valentina asentía entre tirón y tirón. Se mordía la lengua para no soltar improperios de los que pudiera arrepentirse. Bastante dolor sentía al tener que tragarse el orgullo.

—No puede entrar en la zona privada del señor. No puede tocar sus cosas. No puede tomar decisiones.

«No puede. No puede. No puede.»

—Solo hará lo que se le diga en el momento en que se le diga. ¿Entendido?

Valentina movió la cabeza.

—Empezaremos con algo básico. En el rincón tras la puerta —señaló al fondo de la sala—, encontrará la fregona. Diríjase de inmediato a la sala de reuniones y déjela más brillante que el palacio del rey.

El ama de llaves dejó a Valentina y salió con ese aire a pavo real de sala.

Como el palacio del rey. Y qué sabía ella cómo estaba el palacio. Quizá unas salas inmensas con suelos brillantes y mármoles imposibles de pagar. Cortinajes ondulados en paredes altas como templos y techos abovedados. ¿Qué sabía ella?

Valentina quitó el polvo de las estanterías con el paño húmedo y ordenó los objetos y figuritas que contenían. Ornamentos con

forma de frutas y animales. Realizó las tareas encomendadas con los dientes apretados, rechinando de vez en cuando. Se había negado y prometido que jamás accedería a las exigencias del alcalde y allí estaba. Precisamente, haciendo que su voluntad pareciera papel mojado que se va desgarrando y disolviendo en el agua.

Si su marido la viese ahora mismo... ¿Qué le diría? ¿Qué le dirá cuando se vean de nuevo?

Sabía que, en cuanto llegara al molino, Pancraccio no tardaría en conocer la novedad. El alcalde se aseguraría de hacer correr la voz. Quizá incluso permitiría que el mal bicho de Casadesus mezclara alguna de sus mentiras afiladas y envenenadas.

Pero tenía plena confianza en su marido. Él lo entendería y comprendería que era algo a lo que se veía obligada. Valentina tenía un plan para quitarse de encima al seboso hombre que los asediaba con amenazas. Un plan que pondría fin a todo el chantaje al que se veía sometida. Y Valentina sabía que era o eso o el fin de su familia.

Y no pensaba permitirlo.

Capítulo 17



Las gotas le caían por la barbilla mientras sentía el contacto frío y molesto de la ropa pegada al cuerpo. Pero en su interior había algo mucho más fuerte que aplacaba aquellas molestias. Un fuego desconocido que crecía y lo prendía como un antorcha. La rabia de verse siempre tentado por lo fácil, por el miedo, por la huida.

Lo que alimentaba al mozo era algo tan puro como el odio. Más allá de toda preocupación, ahora sentía que no podía fallar a Pancracio. Aquel hombre lo había dado todo por él. Pero ¿qué había hecho para agradecerse? Nada. Nada en absoluto. A la menor posibilidad, había huido como una rata asustada y cobarde. Un chico como él debería ser más fuerte y vigoroso. Quizá incluso valiente. Pero él había sufrido demasiado. Demasiadas vejaciones y frustraciones. Sí. Eso era cierto. Pero ¿qué tenía que ver con él? ¿Era suficiente excusa?

Aquellos ladronzuelos les habían apresado y robado y, a la mínima de cambio, se escabulló entre los árboles. Corrió tanto que ni siquiera se acordó de respirar hasta que sus pulmones lo amenazaron con estallar. Sentía el odio en su interior y sabía, por fin, que debía enfrentarse a sus miedos. No dejaría que nadie le hiciese daño de nuevo. Y tampoco a Pancracio. Ni a su familia.

Había regresado sobre sus pasos. Pensando. Imaginando qué hacer en cuanto encontrara a los hombres de nuevo. El palo grueso le pareció buena idea en un principio. Un buen golpe en la cabeza y aturdiría a alguno. Pero, ahora que se acercaba al lugar, las dudas y los nervios amenazaban con cegararlo. Un palo contra las armas...

No, no se había enfrentado nunca al miedo.

Pero el que había sentido ese día era primigenio. Visceral.

Aquellos ladrones lo habían sorprendido y acojonado de verdad.

¡PLAM!

El recuerdo de los golpes le hacían temblar.

Por un instante, creyó que le habían roto un hueso. Había estado quieto y el llanto amenazaba con explotar. Un puto mierda que no se atreve a abrir los ojos y que se levanta por las mañanas solo para hacer lo que le digan. Y ese primer golpe, por insignificante y poca cosa que pareciera, para el mozo había sido toda una revelación. «¿Qué vas a hacer?», se había preguntado. «Eres un gallina». Había esperado que Pancraccio lo salvara para dejar de sentir ese miedo atroz.

¡PLAM!

El mozo sintió el dolor en el costado como si le hubiese investido un toro. Se había caído de la tartana al tiempo que profirió un sonido parecido a un lamento quejumbroso. ¿Qué les harían? ¿Cómo acabaría eso? ¿Acaso en la muerte?

¡PLAM!

Abrió los ojos un instante.

Por el rabillo del ojo, había visto que el más grande tenía a Pancraccio cogido por el pescuezo. «¡Estamos perdidos!», se dijo. Sus piernas se movieron como si un muelle las impulsara y salió disparado. Los pies no parecía que tocaran el suelo y sus atacantes se sorprendieron tanto como su amigo. Levantaron sus armas y dispararon. Una. Dos. Tres veces. Las detonaciones habían retumbado en sus oídos como los truenos de la noche anterior, pero esta vez eran diferentes. Quizá le atravesaran una pierna. O quizá un brazo. Pero ¿qué más daba? No pensaba detenerse. Le había parecido que los bandoleros le perseguían, pero no se había dado cuenta de que se trataba de una de las mulas que, como él, se dio a la fuga. Él solo había corrido. Y aunque la sangre se le derramara por el camino, había tenido la certeza de que no se detendría. Jamás.

Al volver a respirar, se le clavaba cada bocanada como si miles de alfileres entraran en sus pulmones. Se palpó los brazos y piernas, el torso y el rostro. Solo cuando sintió las frías gotas de

llovía que volvían a caer del cielo plomizo, sonrió. Y lo hizo con unas carcajadas que ahuyentaron a los zorros y lobos, y a todos los animalillos del bosque. Algo antiguo en él se había despertado.

*

El silencio reinaba perturbado por los truenos y las gotas que caían incesantes. El mozo ardía. Su fuego interior clamaba venganza. A la vez que rezaba a Dios y le imploraba que le permitiera llegar a tiempo.

Divisó la tartana.

Estaba destrozada. Hecha añicos. Las telas rotas y chamuscadas. De no haber caído la tormenta para apagar sus brasas, ahora sería solo un montón de cenizas. Las maderas eran trozos astillados y rotos. Se habían desahogado a gusto. El mozo tembló. ¿Dónde estaba Pancracio? No lo veía.

Anduvo rodeando el montón de escombros con paso decidido y cauto. Sus pisadas debían ser silenciosas como si fuese una serpiente que se deslizara tras la comida. Tenía el pelo empapado, que se le pegaba al rostro como ríos de sangre. Sus ojos vivarachos escrutaban entre la vegetación, expectantes ante el más mínimo movimiento. Fue cuando percibió el quejido que desvió su mirada hacia el movimiento de una sombra entre los árboles.

El lamento se mezclaba con una tos ahogada y pesada.

—¡Pancracio! —llamó el mozo, lanzándose hacia el lugar.

No había rastro de los ladrones, así que, cuando llegó a la altura de la sombra, el mozo soltó el palo al suelo. Pancracio estaba maniatado en el tronco de una haya. Su rostro, amoratado por los golpes; la ropa desgarrada y el labio partido.

—¡Dios mío! —exclamó.

Se echó de rodillas al suelo sin importarle el barro. Tenía el color carmesí y negruzco de la coagulación.

—¡Señor! ¿Puede oírme?

Sus manos levantaron el pelo oscuro pegado al rostro. Buscaban la confirmación de que todo estaba bien. Por lo menos, que lo superarían. Se conformaba con eso. El hombre tosió de nuevo. La sangre empapó la cara del mozo.

—¿Eres tú? —susurró.

El mozo asintió y sus lágrimas se mezclaron con la sangre. Se abalanzó encima de él y lo abrazó tan fuerte que éste se quejó de dolor. Cuando tomó consciencia de la situación, el mozo deshizo los nudos que mantenían preso a Pancraccio. Primero, los de las manos y, después, las cuerdas de la cintura. Con sumo cuidado, rebuscó entre las pertenencias esparcidas hasta encontrar la cantimplora. La agitó en el aire. Aún contenía algo de vino.

—Beba, señor —le dijo mientras se la ponía en los labios.

Pancraccio engulló el líquido que le abrasó el corte en los labios. Carraspeó. Alzó la mirada y levantó una ceja.

—Has vuelto...

—Perdóneme —se disculpó con la voz cortada—. No debí marcharme.

Pancraccio puso su mano en el hombro del chico y la apretó.

—Hiciste lo que debías hacer.

—Tuve miedo y le abandoné.

—Y gracias a esa decisión ahora estás aquí para ayudarme.

El mozo miró como si ese hombre con el rostro amoratado fuera un ángel. ¿Cómo podía ser tan bueno? Incluso tras haber sufrido un ataque así, lo estaba disculpando.

—De no haber podido escapar, los dos estaríamos maniatados a merced de las bestias del bosque. Y, con este tiempo, quizá cuando nos hubieran encontrado ya sería demasiado tarde.

—Es un buen hombre, Pancraccio —apuntó—. Es injusto que le ocurran estas cosas a un buen hombre como usted.

—No estoy de acuerdo.

El mozo lo miró extrañado.

—¿Cómo dice?

—Que esa afirmación es errónea. De no habernos sucedido esto, jamás hubiese visto lo valiente que eres y la suerte que tuve de tenerte a mi lado.

Las heridas del hombre no parecían muy graves y, aunque ninguno de ellos fuese médico, no mencionaron sus posibles afectaciones. Al levantarse, Pancraccio se apoyó en el chico, dejando que el peso cayera en sus hombros. Sus pertenencias estaban esparcidas por el lugar; la mayoría, inutilizables. Pero eso era lo de

menos. ¿A quién le importaban ya? El dolor agudo en su cadera le hacía retorcer el rostro y morderse el labio. No quería preocupar más al chico.

Anduvieron unos metros bajo la lluvia, que se intensificaba por momentos. La mula, que el mozo había amarrado a las ramas de un árbol, permanecía a la espera. Ambos hombres subieron a lomos del animal, que no pronunció ni un bramido, y se incorporaron al camino.

Pancraccio miró el cielo plomizo con ojos preocupados. Estaba lloviendo demasiado y la humedad no era buena para sus quejumbrosas articulaciones, pero, lo que de verdad le inquietaba, era que las punzadas que se le clavaban en la cadera fuesen algo más serio de lo que quisiera y, con la feria a la vuelta de la esquina y los campos por cosechar, no quería ser un estorbo.

Capítulo 18



Los charcos eran como pequeños lagos en los que todo era posible. Así lo creía Martina, que se preparaba para dar el salto.

—Recuerda que debes caer justo en el centro —dijo Tomás, expectante.

—Lo sé. ¡Empecemos!

La niña se apartó ligeramente.

—Los habitantes del pueblo se refugiaron en sus casas — empezó a relatar el niño. Señaló las piedras y cañas que habían colocado al borde del agua—. Todos temían al gigante.

—A la gigante —corrigió Martina.

—Da igual —torció el gesto.

—A mí no. Soy una gigante. La más fuerte de la comarca.

Tomás resopló. ¿Qué más daba ser hombre o mujer? Era un juego.

—¿Te gustaría a ti que, cuando juguemos a las naves, yo te llame «la» comandante?

Martina abrió mucho los ojos y apretó los labios formando arrugas a su alrededor. Tomás se vio obligado a darle la razón.

—Está bien... como usted desee, reina gigante.

Los dos rieron y se prepararon para empezar de nuevo.

—¡Tengo hambre! —grito la gigante.

—Al ver que no le ofrecían ningún manjar, la reina de los gigantes se enfureció como nunca lo había hecho. Dijo: Si no me dais de comer ahora mismo, os arrepentiréis.

—Eso —dijo la reina—, os comeré a todos.

—Pero los habitantes, muertos de miedo, ni se asomaron a las ventanas —relataba Tomás con grandes golpes de su brazos y moviendo las manos como un charlatán de feria—. La reina se cansó de esperar y saltó con todas su fuerzas.

Martina dejó caer todo el peso justo a la mitad del charco.

Una gran ola se levantó alrededor de sus pies y arrasó con las cañas y las piedras.

—Y así, fue como la reina gigante devoró a todos los habitantes del pueblo.

Tomás se unió de un salto junto a su amiga. Le pasó el brazo por el hombro y saltaron como locos entre risotadas, viendo cómo las olas gigantes lo inundaban todo.

—Qué divertido. Ojalá fuésemos gigantes de verdad.

—¿Y comernos a las personas? —preguntó la niña.

—Sí, pero solo nos comeríamos a los malos. Así, todos nos querrían y serían amigos nuestros.

—Sería bueno no pasar hambre ¿verdad?

—Nos harían unos panes enormes. Y les pondrían chocolate.

—Y pipas.

—¿Pipas? ¿En el pan?

—¿Y por qué no? Podríamos hacer lo que quisiéramos. Un pan con pipas seguro que estaría muy bueno.

—Lo que usted desee, mi reina gigante.

Las risas se veían cortadas por los truenos que se quejaban en el cielo. Alzaron la vista.

—Lloverá de nuevo.

—Qué listo eres, Tomás.

—Cuando sea mayor, me haré hombre del tiempo y saldré en todas las televisiones para avisar a la gente.

—Será mejor que los avises de la llegada de la reina gigante.

Martina se le echó encima y los dos cayeron de bruces en el charco. El barro se les metió por todas partes, incluso en los agujeros de la nariz. Justo cuando pudieron recuperar el aliento, Tomás miró a lo lejos.

—¿No es esa tu hermana?

Los críos dejaron atrás las aventuras en el parque y se apresuraron a alcanzar a Jacinta.

—Cuidado —dijo Tomás, apretando la espalda en la pared—, que nos verá.

Martina sonreía con los ojos.

—Qué va —replicó, sacando la cabeza por la esquina—. No ves que está muy atareada. Además, sucios como estamos creará que somos unos pordioseros.

La hermana y su novio secreto se dirigían al centro de la ciudad. Tenían los brazos entrelazados y no parecían darse cuenta de la lluvia, igual que Martina y Tomás.

—Mira. —Tomás señaló hacia río.

—¡Madre mía! —exclamó la pequeña.

El río, que habitualmente era un remanso tranquilo y apacible de aguas cristalinas, bajaba bravío. La corriente formaba remolinos que se movían hipnotizantes, engullendo hojas y ramas. Algunos troncos más grandes golpeaban contra la orilla, que se desdibujaba en un amasijo de color marrón.

—¿Has visto? Está a punto de desbordar.

Los chiquillos se apoyaron en la baranda del puente. Estaba mojada y resbaladiza, pero no parecía asustarlos. Al contrario, les daba una falsa seguridad. Sus manos se aferraban con fuerza, dejándoles los nudillos blancos del esfuerzo.

Tomás cogió una rama del suelo y la lanzó con todas sus fuerzas río arriba. La corta caída pareció ralentizarse. Pero cuando la madera se posó encima de las aguas oscuras, la corriente se apoderó de ella como un depredador a su presa. La arrastró en dirección al remolino, que a su vez viajaba río abajo. Los niños se pusieron de puntillas. No querían perderla de vista. Cuando el palo entró en el remolino, se puso recto y alzó una de sus puntas. Era una despedida. Sí. Les estaba diciendo adiós. Y casi lo perderían de vista debajo del puente. Los dos se tumbaron adelante un poco más.

—¡Qué hacéis vosotros aquí! —la voz de Jacinta casi hace perder el equilibrio a los jóvenes aventureros.

—Jugar —respondió Martina cuando recobró el aliento—. ¿Y tú? ¿No deberías estar en la mercería?

—A ti te voy a contar mis cosas —replicó.

—A mí no, pero a mamá le gustará saber qué haces aquí — miró al chico— con él.

—Serás...

—Una reina gigante.

—¿Qué? —se sorprendió.

—Que soy una reina gigante hambrienta. —Martina y Tomás se rieron a carcajada—. Y si no me das de comer...

—Venga. Déjate de tonterías y vete para casa.

—Lo haré en cuanto me des de comer. Me apetecen —se fregó la barbilla con los dedos y alzó la mirada al cielo— unas golosinas.

—Primero búscate un trabajo y, en cuanto te den el salario, te las compras.

Martina negó.

—Como quieras. Pero a mamá le gustará saber que no has trabajado hoy.

—¿Me estás chantajeando?

—¿Yo? La reina gigante no caería nunca tan bajo.

Jacinta comprendió que no tenía más remedio que sucumbir a las exigencias de su hermana pequeña. Si era cierta una cosa, era que se salía con la suya siempre. Pero ¿de dónde sacaría el dinero para comprarle unos caramelos?

—Seguidme —dijo Jacinta.

Anduvieron y cruzaron el largo paseo de árboles hasta la otra punta. Allí, al lado de la pescadería, había una pequeña farmacia. Jacinta les dijo a los chicos que esperaran allí un momento. Entró en la tienda y, cuando la mujer se despistó, metió la mano en un tarro gigante lleno de caramelillos de colores y se llevó un puñado. Salió de la tienda como alma que lleva el diablo.

—Eres la mejor sirvienta que puede tener la reina gigante — dijo Martina.

—Y quédate con la boquita callada.

Martina se llevó tres caramelos de color verde a la boca. Los de sabor a menta le encantaban.

—¿Me has oído?

—Su secreto está a salvo conmigo. —Simuló que se sellaba los labios.

Entre risas, todos cogieron sus caramelos preferidos y endulzaron el momento.

Capítulo 19



Pancraccio se retorció de dolor con cada sacudida de la vieja mula. El simple movimiento era una especie de invitación que le animaba a quejarse. Lo pensó por un instante, pero se mordió la lengua mentalmente: el mozo no podía verlo sollozar.

Se acordó de su amigo. Eduardo siempre le sacaba ventaja en todo lo que hacía: en las partidas a las cartas, en las apuestas del bar, en los trabajos manuales. Se podría decir que Eduardo era lo más parecido a un ejemplo a seguir. Por eso, cuando aquella noche se derrumbó delante de él, nada fue lo mismo.

Su mujer lo había dejado plantado, llevándose todos los ahorros y gran parte de la dignidad y seguridad. Eduardo cayó de rodillas ante un sorprendido Pancraccio que lo abrazó, animándole a levantarse.

«Me mataré», era lo único que le decía.

«Estoy perdido sin ella».

Como buen amigo que era, Pancraccio le secó las lágrimas de las mejillas y consoló a aquella torre derrumbada, volviendo a colocar ladrillo a ladrillo. Nadie se había dado cuenta de que, debajo de la corpulencia, habitaba un corazón frágil. Y así siguió desde entonces.

Ahora era él quién se sentía derrumbado y perdido.

Nunca había imaginado una escena tan triste.

Compasión y pena.

Pero aquel chico tenía algo en su interior que le hacía ser más bueno de lo normal.

La visión de Pancracio se adentró en el campo de maíz que tenía a un lado del camino, perdiéndose en el movimiento del vaivén. Una niñita con el pelo brillante y empapado pegado al rostro y un vestido, largo y blanco de algodón. Imaginó que su cabeza le estaba jugando una mala pasada. ¿Era real o un macabro juego de la mente? Quizá la pobre se había perdido. Sí, sería un explicación plausible. Debían pararse y ayudarla. Pancracio entrecerró los ojos para verla mejor y decidirse por una opción. La cara de la pequeña permanecía oculta por los cabellos, pero de su mano... la niña portaba un ramillete de flores. Unas flores que ardían.

Su corazón dio un vuelco y le recorrió un escalofrío por dentro. Una sensación que lo sacaba de sus pensamientos hacia un lugar mucho más oscuro.

¿Era la niña de las leyendas? ¿Era posible que se tratara de ella? La boca de la niña se abrió. Un trueno retumbó en el cielo y la lluvia aceleró su caída.

Pancracio sintió en su oído la voz de la pequeña.

—Tú —dijo en un susurro manteniendo la boca abierta. No se distinguían dientes. Solo un pozo negro y oscuro sin fondo ni forma—. Tú tomarás la decisión. La luz es la respuesta.

Acto seguido, levantó el ramillete de flores ardientes. Éstas ardieron por un tiempo nada preciso hasta que se esfumaron en el aire.

Su corazón se había calmado. Ya no latía tan apresurado.

Y, al igual que las flores, la niña se perdió, llevada por la lluvia como una pintura recién pintada. Desdibujándose en el aire entre las hojas del campo de maíz.

—¿Qué le ocurre, Pancracio? —preguntó el mozo al percatarse de la mueca que asomaba en su rostro.

—Nada —balbuceó—. No pasa nada.

—¿Está usted seguro? Creo que está muy pálido.

Pancracio se incorporó.

—Esta maldita mula me tiene los huesos molidos —se estiró.

—En eso le doy la razón. Nada como una buena cama para dar una cabezadita.

—Pues no pierdas el tiempo y sigamos.

El mozo asintió. No por ello dejó de preocuparse por el bienestar de Pancracio. Simplemente, comprendió que a él no le apetecía hablar del tema. Al igual que no le apetecía mostrar debilidad ni signos de ella.

Atizó la mula.

—Estaremos en casa en un abrir y cerrar de ojos.

La mula aminoró el paso bajo la lluvia. El mozo sonrió y la visión de Pancracio regresó al lugar donde se le había aparecido la niña.

Capítulo 20



El trayecto final fue una tortura para las articulaciones de Pancraccio. El puente medieval se percibía como el último pasillo para dar sepultura a su cadáver. La silueta del molino azotado por la insistente lluvia era una imagen caliente que le daba las fuerzas de sentirse en lugar seguro.

—Que te estés quieto —dijo la abuela mientras le untaba las costillas con unas gasas húmedas—. Esto te irá muy bien, pero debes aguantar.

—Escuece mucho —se quejó.

—Señal de que hace efecto.

—Cómo se nota que no es usted quien sufre el dolor.

La abuela apretó con un poco más de fuerza el paño.

—Sufro con todo lo que tiene que ver a esta familia —replicó—. Tu dolor es el mío, hijo. No lo dudes.

Pancraccio la miró, mordiéndose el labio. La comprendía. Él también estaba preocupado y dolorido por las penurias que les caían.

—Así que dime —cambió de tema—, ¿esos hijos de mala madre os robaron todo?

—Suerte tuve de él —dirigió una mirada agradecida al chico que se estaba comiendo unas tostadas untadas con ajo, aceite y sal—. Si no, no quiero ni pensar lo que me hubiese podido ocurrir.

El mozo dejó de masticar.

—La verdad es que me...

—Fuiste muy inteligente —lo cortó Pancraccio—. Fingir una huida fue un acto muy valeroso por tu parte. Lograste que se fieran

y ese fue su error.

—Te mereces un premio a la altura. —La abuela se levantó y él agachó la cabeza. Miró a Pancracio y éste asintió—. Toma. Come un poco de esto, que te dará fuerzas.

El chico oteó el tocino con la boca hecha agua.

—¡Hey! —se quejó el hombre de la casa—. Que el lastimado soy yo.

—Si por ti fuera... ya habrías dejado viuda a tu esposa sin haber cumplido los cuarenta. Menudo cuentista.

—Hablando de Valentina, ¿dónde está?

—Ha tenido que salir.

—¿Con este tiempo?

—Pancracio. ¿Quieres hacer el favor de estarte quieto? ¡Por Dios! Qué hombre.

Un portazo retumbó en la estancia y en el umbral se agitaron unos cabellos rubios que provocaron un temblor en Pancracio, recordándole la visión de hacía solo un rato.

—¡Papá!

El grito de la niña apartó todo el dolor y escozor de su cuerpo. La pequeña se lanzó a sus brazos.

—No sabes cómo te he echado de menos, cariño.

—Y yo a ti, papá.

Los besos que le dio le dejaron las mejillas pringosas.

—¿Pero esto que es? —la abuela investigó.

—Nada —se defendió, escondiendo la bolsa con las golosinas.

—Déjela que un dulce no hace daño a nadie, mujer.

La abuela lo fulminó con la mirada.

—Tanto azúcar la excitará demasiado y esta noche no podrá dormir. Además, ya tiene bastante con las pesadillas.

—¿Pesadillas? —interrogó.

—Así es. Tomás, el hijo de la carnicera, le hablo de la niña de maíz y, desde entonces, no duerme bien por las noches.

Pancracio dejó de respirar.

—¿Es cierto?

—Bueno... sí y no. Pero, papá...

—Ya sabes que no le tienes que temer a las leyendas. Son los vivos los que dan miedo. ¿Acaso no le ha dicho la verdad de la

niña?

—Sí, papá. La abuela me ha contado que es una bruja buena y que advierte a la gente, pero...

—Es una suerte que sueñes con ella, Martina. Solo debes estar atenta a sus consejos y advertencias.

Pancracio se escuchaba y a la vez no creía en sus palabras. ¿Por qué le decía eso? Él mismo había visto a la niña. Era real. Pero la advertencia era más perturbadora. Y si a Martina le había dicho algo...

—Cielo, ¿te ha dicho algo?

Martina dudó si hablar o permanecer callada.

—Sabes que puedes contármelo, ¿verdad?

—Bueno... me ha dicho algo... pero no la entiendo.

—Entonces, ya sabes qué hacer la próxima vez que la veas. No le tengas miedo, te relajas y escuchas su consejo. ¿Entendido?

—Sí, papá. Lo haré.

—Mientras tanto, como veo que tus hermanas y tu madre tardan en regresar a casa, tengo algo que quizá te ayude a sentir menos miedo.

Pancracio hizo un gesto al mozo. Éste se levantó y rebuscó en el rincón donde reposaban las chaquetas y ropas por ordenar.

—Esto es lo único que hemos podido salvar del saqueo.

Cuando la niña vio la caja amarilla y las letras en relieve, su rostro se iluminó. Sus labios se curvaron en una sonrisa capaz de borrar el dolor del mundo.

—¡Galletas! —gritó y saltó por la habitación.

—Eres un buen hombre —le dijo la abuela, escapándosele una lágrima.

Cierto. Lo era. Martina olía la caja como si se tratara de un roedor.

—¿Puedo? —preguntó.

Pancracio asintió y la niña abrió la caja. El olor de las galletas inundó con una corriente dulzona la habitación.

—Cogeré solo una, papá. Las demás las compartimos después de la cena, pero lo mantendremos en secreto. ¿Trato hecho?

—Con el olor que quedará en la sala lo veo difícil —advirtió la abuela olfateando el aire.

—Trato hecho —respondió Pancraccio, convencido.

Capítulo 21



Los truenos y relámpagos eran cada vez más fuertes y luminosos respectivamente. Apenas eran las cinco de la tarde y la oscuridad que había caído en la comarca era la de plena noche.

—Parece que no tiene intención de parar —dijo Josefina mirando hacia fuera.

—Y mañana es la feria. Mira que es tener mala suerte.

—Sí, pero tampoco debemos preocuparnos —calmó la abuela—. La gente de la zona nos conoce y trae su grano para que lo molamos nosotros. No creo que deje de hacerlo si no nos ve mañana.

—No, pero es una oportunidad de hacer nuevos clientes.

—¡Papá, papá! —llamó Martina—. Mira la chimenea.

En la pared, chamuscada por las llamas, corrían puntitos de luz anaranjados como en una carrera de luciérnagas que se apresuraran para llegar arriba.

—Es la diosa del fuego que nos protege y guía.

La abuela no lo tenía tan claro.

—¿Verdad, abuela?

—Así es —certificó al tiempo que removía la olla.

Valentina había llegado hacía unos minutos. Nerviosa y visiblemente cansada, había dado un beso a su marido en los labios, pero se apresuró en guardar las verduras.

La abuela se levantó y miró por la ventana. El cielo era un burbujeo luminoso que centelleaba amenazante. El río bajaba veloz, bravo y sucio como una serpiente que enroscaba el molino queriéndolo estrangular.

Un temblor la sacudió desde los pies hasta la cabeza.

—Debemos marchar del molino.

Pancracio, Valentina y las niñas se giraron para mirar a la abuela. ¿Por qué decía eso?

—Madre...

—Tengo un mal presentimiento. Debemos irnos.

—Da miedo, sí —dijo Valentina—. A veces, tenemos que hacer lo que no queremos para seguir adelante. —Lanzó una mirada a Pancracio—. Pero nunca ha llovido tanto como para que debamos temer por la integridad el molino.

—¡Cállate, Valentina! —ordenó la abuela—. Estamos justo en un codo del río. ¿Sabes lo que significa? Si sigue lloviendo así y nos quedamos en el molino, no viviremos para contarlo.

Como si el cielo quisiera darle la razón, un trueno calló la réplica que iba a soltar Valentina. Todos miraron por la ventana. El río, el mismo que tantas veces los había bañado con sus apacibles y cristalinas aguas, no era más que una bestia agresiva y salvaje.

—No podemos abandonar el molino, Jacinta aún no ha regresado. Además, ¿dónde nos refugiaremos si nos vamos?

—Ofelia se ha ofrecido a guarecernos durante la tempestad. Su casa está al otro lado y en tierras más elevadas. Así que ese no es el problema. En cuanto a Jacinta... Mejor será que cenemos. —Miró el agua que hervía en la olla—. Y, en cuanto llegue, partimos.

Ninguno dijo nada. Como si no tuvieran más opción que la expuesta, se sentaron en la mesa y se convencieron de que la opción de la abuela era la más sensata y acertada.

*

Al rato, en la habitación de al lado, Pancracio y Valentina se habían refugiado y envuelto con un manto de intimidad.

—¿Que dice que qué? —Pancracio estaba muy alterado.

—Solo será un momento, pero tengo que hacerlo.

Valentina intentaba calmar los ánimos, pero Pancracio estaba muy nervioso.

—Ese maldito hijo de su madre me va a oír, pero tu no sales de casa.

—Lo he hecho por nosotros...

—No, Valentina. No te engañes. Lo has hecho por ti.

Valentina intentaba no enfurecerse.

—¿Crees que yo gano algo con todo esto?

—No tienes por qué hacer de criada de ese puerco malnacido.

—Debo callar y tragar, Pancracio. A menos que quieras cambiar de ciudad y empezar de cero... No nos queda otra.

—Puede que sea una solución no tanto descabellada. Él lo que quiere es otra cosa de ti.

—Y nunca lo tendrá. Yo soy tuya y lo seré incluso después de la muerte. No lo dudes jamás, Pancracio. No lo dudes.

Valentina abrazó a su marido y le dio un beso.

—Quiero que comprendas que todo lo que hago es por nuestro bien. Y, aunque no nos guste, es lo que nos toca en este momento. Quizá mañana podamos cambiar, pero hoy no.

—Si no fuera un lisiado...

—No digas eso. Eres el mejor hombre que pude imaginar tener a mi lado y me hace daño que dudes de mí.

—No es de ti de quien no me fío, Valentina. Es de ese pájaro de mal agüero.

—Déjame hacerle creer que nos tiene como esclavos. Tengo una idea para hacerle pagar todo el daño que causa a la ciudad.

—¿Una idea? —preguntó él, asombrado e intrigado a partes iguales—. No estarás pensando en...

—Cuando todo esto acabe, quiero que te enorgullezcas de tenerme como esposa. Eres un ángel, Pancracio. Y solo yo puedo entrar en su despacho e incluso en el área personal.

Él negaba con la cabeza y se rascaba el pelo con la mano. No tenía del todo claro que la idea, que no conocía y rondaba por la mente de Valentina, fuera a ser siquiera una buena opción.

—Me da muy mala espina —dijo.

—No será fácil —Valentina pasó sus brazos por los hombros de él—, lo sé. Pero debo intentarlo de todos modos.

—Y yo no puedo decir nada que te haga cambiar de opinión ¿verdad?

—No.

—Entonces...

—Volvamos con las niñas y celebremos tu regreso, mi amor.

Capítulo 22



—Prométemelo —inquirió Toni al tiempo que se apretaba con el cuerpo en el de Jacinta.

—No seas bobo, hombre. —Se zafó de él con el brazo—. Ya lo he hecho mil veces.

—Y precisamente por eso necesito que esta sea la verdadera.

Jacinta le plantó un beso en los labios. Por Dios. Cómo le gustaba sentir el calor de Toni. Sus labios gruesos, los músculos apretados y tensos y aquel olor almizclado característico en él. Cuanto más lo olía, más lo deseaba.

—Lo es —aseguró—. Pero hoy llega mi padre y ya estarán todos preguntándose dónde me habré metido.

—¿Y si te acompaño y me presentas como tu prometido?

—¡Estás loco! —exclamó—. Mi padre nos mataría.

—Eso no tienes modo de saberlo. Además, si así fuere, me alegraría de poder pasar toda la eternidad contigo atrapados en un plano paralelo.

Toni rió satisfecho, pero Jacinta parecía pensarlo de verdad. ¿Sería un buen modo de afrontar lo que ellos ya sabían?

—Tú y tus imaginaciones...

—Y tú, mi luna, en todas ellas.

El paraguas no podía más que evitar que se mojaran los cabellos. La ventisca, junto con la fuerza con la que caían las gotas de lluvia, habían empapado a los jóvenes hacía rato.

—Espero que Martina esté en el molino —se preocupó Jacinta al doblar la curva del camino.

—Seguro que está al lado del fuego, cantando alguna de esas canciones —la calmó Toni—. Hace rato que la vimos.

—Ya, pero cuando está con Tomás pierde el sentido del deber y luego...

—Mira quién fue a hablar —se burló de ella—. Ya te pareces a tu hermana Fina. ¿Te estarás haciendo mayor? ¡Ay! —se quejó al recibir el codazo que Jacinta había hundido en sus costillas—. No te quejes si después no puedo sujetarte en el aire.

El rugido del agua los devolvió al momento.

—Venga, Toni. Es tarde.

—¿Seguro que no quieres que nos vayamos ahora mismo?

—Ya has visto cómo estaba el centro.

El río había desbordado y cubierto los terrenos con una capa de agua marrón. Las carreteras estaban inundadas y por momentos daba la impresión de que no cesaba de crecer y engullirlo todo.

—Y aquí no está mejor que digamos.

El agua bajaba a gran velocidad, pero Jacinta debía llegar al molino cuanto antes. Así que no lo pensó dos veces y, tras dar un beso a Toni, se lanzó a la carrera. La voz de su amor se fue apagando. A cada paso que daba sobre las piedras mojadas del puente, más lejos parecía haber ido. Jacinta solo miró de reojo a las aguas. Eran amenazantes como un gran animal que muestra las fauces y saca las garras, lista para atacar.

Más allá, vio cómo el río serpenteaba alrededor del molino. ¿Acaso estarían seguros en casa? Se suponía que sí, pero al ver la fiereza con que golpeaba las orillas y arrancaba cachos de tierra, Jacinta dudó que aquella fuese una buena idea. En un último instante se detuvo. Se giró y buscó entre la difuminada humedad a Toni.

Él movía los brazos con energía y supuso que le estaba dedicando palabras hermosas para que las recordara durante la noche. Que pudiera sentir el calor de sus sentimientos acompañándola junto a Morfeo.

Jacinta le lanzó un gran beso con las manos y brazos, pensando que él hacía lo mismo.

Pero Jacinta se equivocaba.

Y no tenía modo de saberlo.

La verdad era que Toni estaba atónito al ver que unas grandes grietas crecían entre las piedras del puente y un temblor desestabilizaba toda la construcción.

Capítulo 23



Cuando Jacinta entró en el molino, las voces de la familia la calmaron un poco. Pero, por el tono en que hablaban, supo que no era la única que estaba alterada.

—No. Lo mejor es que nos quedemos aquí —dijo Valentina.

—Es muy peligroso —replicó Pancracio—. La tormenta no va a cesar y corremos el riesgo de quedar atrapados.

—Papá tiene razón —dijo Jacinta en cuanto cruzó el umbral—. El agua está a punto de superar el puente y Olot está inundada.

Valentina la miró con ojos acusadores.

—¡Mírala! Ya era hora de que te dejaras ver. Menuda cara tienes.

—Menos mal que estás bien —la abuela se metió—. Nos tenías muy preocupados.

—Lo siento —se excusó.

—¿Y crees que con un «lo siento» se arregla todo?

—Anda, quítate la ropa que estás empapada y ponte junto al fuego.

Jacinta agradeció el calor de las brasas. Su piel fue adquiriendo el color rosado que tenía habitualmente y la abuela le ofreció un gran vaso de caldo. La abuela tenía el poder de aplacar los nervios y hacer que las cosas no se salieran de madre. Su mirada era cauta y triste, pero a la vez tenía la sabiduría que solo se adquiere con el tiempo y la experiencia de los años.

Cuando todos estuvieron más tranquilos, Jacinta se animó a contarles cómo estaban las cosas en la ciudad. Pancracio y

Valentina asentían y negaban con la cabeza a intervalos regulares. El asombro daba paso a la incredulidad, y la incertidumbre al miedo.

—Y querías que nos marcháramos —replicó Pancracio.

Antes de empezar de nuevo con la discusión, la abuela decidió apostar por su opción.

—Podemos ir a casa de Ofelia. Ya os he dicho que me dijo que nos resguardaría y no hay más por decir.

La luz de la lámpara de aceite bailó en la estancia cuando un estruendo llamó su atención.

—¿Qué ha sido eso? —preguntaron las niñas.

—No lo sé, pero viene de abajo, de la sala molinera —dijo, imaginando lo peor—. Voy a ver. Quedaos aquí.

Pancracio encendió unas velas del candelabro que había en el armario y lo dejó en la mesa. Cogió la lámpara de aceite y salió dejándolas a la espera.

Cuando llegó a la parte inferior del molino, Pancracio se heló al percibir el sonido que retumbaba. Se asomó por la compuerta y comprobó, aturdido, que el agua estaba a punto de rebasar el límite superior. Los golpes y crujidos provenían de la tolva que, junto con la piedra volandera y la durmiente, amplificaban lo que había debajo. Temía que el rodezno se hubiera partido. Se asomó el tiempo justo para que un crujido lo apartara de allí. Su cabeza se giró instintivamente buscando la puerta de salida. Efectivamente, sus temores se estaban haciendo realidad. De la puerta de la sala entraba el agua e iba llenándola.

Pancracio se levantó y, cojeando, empezó a subir los escalones. La presión del agua quería arrastrarlo hacia abajo y los pinchazos de sus articulaciones no ayudaban a llevarle la contraria. Al llegar a la planta, vio que el estruendo había sido la puerta principal. Ésta se balanceaba abierta de par en par, dejando entrar el agua. Intentó cerrarla, apretando con todas sus fuerzas, pero todo esfuerzo era en vano. Aquella corriente tenía la fuerza de cien leones y él, debilitado, no era quién para luchar contra la naturaleza.

Dejó que la puerta golpeará contra la pared y subió con el resto de la familia mientras veía el agua colarse hacia abajo, a la sala del molino.

—Es hora de irnos —dijo Pancracio al entrar a la habitación.

Los ojos de ellas no preguntaban nada. Igual que sus labios, eran incapaces de moverse. El pánico se extendía como una niebla espesa que los inmovilizaba. ¿Tan mal iban las cosas?

—¿Me habéis oído? —levantó los brazos al aire—. Abuela, venga conmigo. Valentina, chicas, coged solo lo necesario para esta noche. El agua esta entrando en casa y la corriente será fuerte, así que solo lo justo. ¿Entendido?

—El puente... —Martina miraba por la ventana.

—El puente aguantará. Tiene siglos por delante y...

Pancracio no pudo terminar la frase. Un fuerte estruendo lo apartó de la perorata. Se fueron mirando uno a uno como si el tiempo se hubiese detenido hasta acabar con los ojos en la pequeña. Permanecía sin parpadear y con la boca abierta. Los demás se abalanzaron para ponerse a su lado. El estruendo seguía dominando el ambiente cuando todo se detuvo.

Sus rostros palidecieron.

El puente estaba siendo engullido por las aguas. Sus enormes piedras basálticas, que habían aguantado inmóviles durante siglos, eran ahora arrastradas y devoradas por el agua ante los impertérritos ojos de la familia.

Su única vía de escape se perdía bajo las fauces de la bestia.

Capítulo 24



—¡Dios! ¿Qué debemos hacer ahora?

El llanto de Martina invadía la estancia. Por su lado, Jacinta pensaba en Toni y en su plan para escapar juntos. En cómo había cambiado su suerte y cómo el agua los estaba separando. ¿Tendría que haberse fugado con él en cuanto pudo?

—Esperaremos a que aminore la tormenta —dijo la abuela para calmar los ánimos— y las aguas vuelvan a su sitio. Ya no podemos ir a casa de Ofelia.

—No parece que eso vaya a ser en breve. —Pancracio señaló el cielo que se iluminaba con miles de rayos.

—Quizás no, pero aquí arriba estamos a salvo. El agua no llegará tan alto.

—¿Y cómo puede estar tan segura? El molino está construido en un codo del río y éste ya se ha salido de su cauce inundando la planta baja.

—El molino ha aguantado muchos años y le quedan muchos más.

—¿Igual que al puente?

Se arrepintió enseguida de sus palabras afiladas y cortantes.

—Tienes razón, Pancracio. Pero ¿qué podemos hacer?

—No lo sé.

Martina, que no apartaba la vista del maizal, susurró algo que ninguno de ellos pareció oír. Josefina, que era la que estaba más cerca de la ventana, se asomó a la ventana y dijo:

—Papá, quizá podamos llegar a la cabaña.

El hombre se apresuró en colocarse a su lado y tantear la opción.

—Puede ser una buena idea.

La cabaña estaba situada en un montículo más arriba, cerca del campo de maíz y más lejos del agua. El río, que seguía escupiendo agua y llegaba directa a la puerta del molino, crecía por momentos.

—Sí —aseguró—. Si el río sigue creciendo así, nos engullirá como al puente. Lo más sensato es cruzar por el huertecito, que ahora está inundado, y subir hasta la cabaña. Allí permaneceremos hasta que salga el sol. Con la luz del nuevo día quizá lo veamos de otro modo. O menos negro.

*

Un rato después, cuando las mujeres habían recogido la comida y estaban listas para partir, Martina, que seguía mirando a través de la ventana, dijo:

—La veo.

—¿Qué dices? —preguntó Josefina.

—Que está allí —señaló Martina.

—¿De quién hablas? Mira que no es momento para tonterías.

—Déjala —ordenó la abuela—. Dime, Martina, ¿quién está en el maizal?

—Es la niña, abuela. —Sus ojos no parpadeaban y tenía las pupilas muy dilatadas, como si estuviese en trance—. Me está diciendo algo.

—¡Ya vale! —gritó Pancracio—. ¡Hemos de irnos ya!

—¿Qué te dice, cielo? —susurró la abuela al oído de la pequeña, al tiempo que se ponía un dedo en los labios y hacía señas a los demás para que se callaran.

—No lo sé. No puedo oírla. Hay mucho ruido.

—Céntrate en su voz, cielo. Deja lo demás fuera. Bórralo todo. Solo estáis tú y ella.

—Pero tengo miedo...

—Recuerda lo que te conté. No debes temerle. Ella es buena. Y si está allí, es solo por que quiere decirte algo.

Pancracio se calló y se le heló la sangre con las palabras de la abuela. Él también había visto a la niña de maíz. Y de eso hacía muy poco. ¿Era posible? No recordaba cuáles habían sido sus palabras exactas, pero sí que lo había advertido de algo. ¿Algo de un fuego, una llama o una luz? ¿Sería sobre eso?

—Escúchala —la voz de la abuela lo regresó a la habitación—. Siente sus palabras.

La pequeña Martina vio cómo desaparecía todo a su alrededor.

Los relámpagos del cielo dejaron de iluminar el firmamento y el negro empezó a avanzar. Un rayo fue trazando su camino luminoso ralentizado. El caminito se iba dibujando, rasgando el tapiz negro, de entre los nubarrones hasta el suelo. ¿Había caído en el bosque? Un color oscuro como el petróleo se abrió paso desde los laterales y avanzaba sinuoso como una babosa gigantesca que se comía el río y, después, el campo de maíz.

Martina se vio en un espacio vacío donde ella y la niña de maíz estaban de frente. Los truenos seguían sacudiendo a intervalos regulares la nada, y el rugido del agua golpeaba con fuerza sus pies. El viento azotaba sus cabellos mojados a un lado y a otro.

—Mírala —la voz de la abuela sobresalía entre el ruido—, está aquí por ti, Martina. Está aquí por ti.

La niña de maíz agitaba sus brazos a cámara súper lenta como si fueran ruidos, chisporroteos entrecortados.

De golpe, todo enmudeció.

La negrura era un todo que llenaba cada rincón y el silencio acalló el corazón de la pequeña.

—¿Hola?

La pregunta salió de los labios de la pequeña Martina con un temblor impreso en cada letra.

—¿Qué quieres de mí?

La boca de la niña de maíz se abrió de nuevo y sus cabellos rojos se apartaron a un lado, flotando en un líquido inexistente, al tiempo que se echaba hacia delante.

La voz de la pequeña bruja llegó con retraso y no concordaba con los movimientos de sus labios. Era como si miles de voces estuviesen hablando a la vez y en cientos de idiomas distintos. Fue

una sola palabra sin timbre ni afinación, sin fuerza y a la vez con la potencia de generaciones. Como una salmodia antigua y poderosa.

«Quedateenla-quedateenlaluz-quedateenlaluz-
QUEDATEENLALUZ»

Viernes, 18 de octubre de 1940

Capítulo 25



Pasadas las doce de la noche y con el aguacero cayendo con más fuerza, Pancraccio tomó la decisión de salir hacia la cabaña.

Bajaron los escalones y sus corazones se alteraron al ver la puerta principal abierta, dando la entrada al agua sucia que ya llegaba a media pared. No se distinguía ni el agujero de las escaleras para llegar a la planta baja, a la sala del molino. Si no fuera porque conocían que estaba en la otra esquina, la suciedad no les hubiese permitido ver nada. De hecho, más allá de la superficie espumosa no se distinguía nada.

—Espera, abuela —dijo Martina—. No he cogido el candelabro.

—No es necesario, cielo. En cuanto salgamos, la lluvia apagaría las velas. Con la luz de tu padre será más que suficiente.

Martina vio el candelabro con las cuatro velas y sus respectivas llamas en lo alto de la mesa. Puede que se tratara de algo absurdo, pero para ella, aquellas llamas danzarinas le daban cierta seguridad. No quería alejarse del minúsculo fuego.

—Además, si nos alejamos, no veremos nada.

Cierto. En cuanto pusieron los pies en el agua, que estaba helada, la visión se les alteró. Veían a su alrededor como si estuvieran en un túnel oscuro y apestoso. Y los golpes del viento las azotaba, castigando su piel blanquecina.

Atravesaron el umbral de la puerta y el exterior se convirtió en una pesadilla. Era imposible distinguir nada más allá del haz de la luz. Suerte que los relámpagos permitían vislumbrar con cierta regularidad la dirección correcta. Aunque también durante esos

instantes se les aceleraban los corazones al distinguir los troncos enormes que arrastraba el agua, mostrándole lo frágiles que eran.

Un paso.

Un relámpago.

El viento, azotándoles el rostro.

Un tronco centenario a toda velocidad.

Otro paso.

La corriente les agarraba las piernas como si fuesen miles de manos que querían arrastrarlas río abajo.

Otro relámpago.

Y así hasta alcanzar el maizal.

Allí, el terreno era más elevado y, por lo menos, la corriente no les tiraba de las piernas. Pancracio les hizo una seña y siguieron el camino. La cabaña se abrió con un portazo que casi astilla las maderas de la puerta y la pared. La familia entró y se puso a cubierto, respirando de nuevo un poco más aliviados. La seguridad era mínima, pero quizá la sentían por haber logrado alcanzar el fin que anhelaban.

—Dios bendito —sollozó la abuela—. ¿Qué te hemos hecho para merecer esto, Dios?

Jacinta se imaginó al lado de Toni. Solo así le parecía soportable el frío que le calaba los huesos. Josefina ayudó a la abuela a acomodarse y la abrazó. Y María se preguntó si los libros de la biblioteca estarían destruidos por el agua o llevados por la fuerte corriente hasta el mar para alimentar a los peces.

—Ya estamos a salvo, niñas —dijo Pancracio para tranquilizarlas.

—¿Estas seguro, papá?

Todos miraron a la pequeña Martina y temblaron al ver que la puerta de la cabaña se abría de golpe por la fuerte racha de viento que entró en la estrecha estancia junto a la lluvia. Bajo el intenso aguacero, una silueta, al fondo, permanecía quieta.

Era ella.

¡Sí! ¡Era ella!

La niña de maíz estaba allí de pie.

¡Y los estaba observando!

—¿La veis? —preguntó el padre.

Las muchachas, Valentina y la abuela asintieron al unísono. La familia entera la estaba viendo. ¿Por qué? ¿Cómo era posible algo así? Aturdidos y sorprendidos por la aparición, no se acordaban de respirar. Incluso sus latidos parecían haber sido llevados por el agua.

—¿Qué quieres de nosotros? —preguntó o quizá gritó la abuela que en ese momento pareció la más entera.

La niña no respondió.

—Es porque no la he entendido, abuela —dijo Martina, empezando a llorar—. No sé qué me quiere decir y está enfadada.

—No, cielo. No te preocupes.

La aparición levantó los brazos, mostrando lo que portaba en sus manos. Eran unas flores hermosas con pétalos de fuego. En ese momento, Pancraccio recordó esas mismas flores, cuando se iba a casa.

—Por favor, cielo. —La abuela se dirigió a la aparición—. Dinos cuál es tu mensaje. ¡Por favor!

La niña de maíz abrió la boca y gritó de nuevo en forma de salmodia lo que la pequeña Martina ya había escuchado en lo alto del molino. Una fuerte racha de viento apagó la luz de aceite que portaba Pancraccio, dejándolos a oscuras.

«Quedate en la luz»

Pero, esta vez, todos la escuchaban y, aunque ninguno de ellos comprendía esas palabras, Martina sintió que algo se encendía en su cabeza como las flores de sus manos.

«Quedate en la luz»

La niña de maíz levantó un brazo y señaló a lo lejos.

Un trueno hizo temblar la cabaña.

«Quedate en la luz»

Martina se asomó y, con la llegada de un nuevo relámpago, vio el molino y la pequeña lucecita que bailaba a través del ventanal en lo alto del molino.

«Quedate en la luz»

Eso era. ¡Sí! Lo que la niña de maíz les estaba diciendo.

—Quedate en la luz —dijo Martina.

—¿Qué dices?

—Nos está diciendo que nos quedemos en la luz —aseguró—. Y señala el molino. ¡Debemos volver a entrar! ¡Tenemos que ir hacia la luz!

En ese instante, la niña de maíz desapareció y algo más fuerte que los truenos invadió todo a su alrededor. El campo de maíz estaba siendo engullido por una bestia que se acercaba a la familia a toda velocidad. La puerta de la cabaña se cerró de golpe y un olor extraño se apoderó del ambiente. Pancraccio se abrazó a su familia. Intuía que algo se abalanzaba sobre ellos. Besó a Valentina.

Todos cerraron los ojos y dejaron que sus lágrimas descendieran por las mejillas.

Epílogo



El ambiente era un frío plomizo que cubría cada recodo en forma de neblina, que ocultaba los cadáveres del ganado traído por las fuertes corrientes. El camino estaba enfangado y plagado de charcas. Ofelia no recordaba unas lluvias tan intensas como las de los últimos tres días, y menos aún el diluvio de la pasada noche que había azotado incluso a la comarca vecina.

Toni se había presentado en su casa al anocheecer del día anterior muy alterado. Le contó que tras dejar a Jacinta en el molino, se había percatado de unas grietas enormes que se estaban formando en toda la estructura e intentó advertirla del peligro. Y que cuando regresó más tarde, el puente ya había desaparecido bajo las aguas.

Se lo explicaba entre sollozos y balbuceando como si se ahogara en las mismas aguas que tanto pavor le daban. Ciertamente el chico estaba aterrado. Y la agonía perduró en la casa durante toda la noche. Ninguno de ellos pudo pegar ojo y Toni se negó en rotundo a tumbarse ni un instante.

Ambos sintieron cierto alivio en cuanto salió el sol al amanecer. Y aguardaron pacientemente a que el nivel del agua descendiera. Por suerte para ellos, así fue. Y la espera, aunque agónica, no fue tan eterna como temían.

Al llegar al puente medieval, que no era más que un recorte en el camino, a Ofelia se le paralizó el corazón. La masa de agua sucia había logrado arrancar la construcción dejando grandes rocas colgando de los laterales. Tal como le había relatado Toni. Quizá peor.

Toni miró a lo lejos, al otro lado, donde distinguió el molino con sus paredes de piedra basáltica: multitud de troncos, hierbajos y demás montones de suciedad se amontonaban a un lado.

«Que estén bien, Dios. Que estén bien». Solo lo pensó. Ninguno de los dos se atrevía a pronunciar una palabra.

El rugido del agua delante de ellos era amenazante como cien leones y se había adueñado de todo.

¿Cómo podrían cruzarlo?

Haciendo acopio de valor, Toni gritó con todas sus fuerzas, voceando a cada miembro de la familia del Collell, pero sus palabras fueron arrastradas río abajo. Recordó entonces que quizá podría cruzar por el otro puente, ese tan antiguo que había un poco más arriba.

Se encaminó hacia allí con Ofelia pegándosele en los talones y sin dejar de rezarle a Dios.

Las plantas estaban aplastadas, mirando hacia a la misma dirección río abajo. Cuando llegaron a la construcción, sus corazones se alegraron al ver que la mayor parte de ella sobresalía por encima de las aguas. Éstas se habían desviado, inundando el huerto y parte de los campos adyacentes.

Ofelia se levantó la falda y fue cruzando con cuidado de no resbalar. Si caía ahora al río, éste se la llevaría hasta el mar. Menos mal que se había puesto las botas de agua. De lo contrario, ya estaría empapada. La otra orilla del río estaba igual de desolada, pero no tenían tiempo de detenerse.

Corrieron ignorando su propia seguridad, esquivando la nueva ruta que había tomado el agua. Una vez, el padre de Ofelia le había contado que el agua, por mucho que quieras dominarla, bloquearla o dirigirla, siempre hallaba el modo de salirse con la suya. Ahora, comprendía el alcance de aquellas palabras. «Cuánta razón tenías, padre».

Toni aporreó la madera de la puerta principal del molino al tiempo que gritaba a los miembros de la familia. Ofelia lo acompañaba en una especie de rezo o salmodia.

Nada le parecía extraño cuando no recibieron respuesta.

«¿Quién me va a escuchar con este ruido?», Toni dirigió una mirada furiosa al río.

Se apoyó en la puerta, pensando en una nueva estrategia. ¿Quizá saltar y entrar por la ventana? ¿O la puerta de atrás? Sí, eso era. Pero casi cae de espaldas cuando percibió un movimiento a sus espaldas. La puerta había cedido al peso de su cuerpo y se abría hacia adentro.

—¿Valentina? —Ofelia preguntó al aire con la esperanza de ver a su vecina sana y salva.

No fue así.

En su lugar, una corriente de aire salió a darles la bienvenida. Ofelia estaba tan aterrada que se santiguó un par de veces antes de entrar. El agua había inundado la planta del molino y, al salirse el agua, había cerrado el portón. Toni corrió por la estancia como alma que lleva el diablo. Todos los rincones parecían un escondite perfecto. Sus gritos se perdían como ecos que desaparecen entre los acantilados. La puerta que daba a los engranajes del molino estaba desencajada. Ofelia miró aun a sabiendas de que en caso de haberse refugiado allí, habrían muerto ahogadas y sin posibilidad de escape.

«¡Arriba!», Toni se dijo a sí mismo y en voz alta. Como si fuera una llamada, una luz, una última esperanza.

Los peldaños de la escalera quedaban atrás ante las zancadas del hombre. La falda del vestido oscuro de Ofelia daba grandes volandas. Igual que los mechones de su pelo, que se agitaban a ambos lados de su rostro. No dejaría a Toni solo.

Los veía.

Los estaba viendo a todos.

En la cabeza de Ofelia ya se había formado la imagen que pronto podría ver, aliviada.

Estaba el matrimonio, la abuela y las cuatro niñas alrededor de la mesa. Sentados y alegres de haber sobrevivido a un aguacero tan impresionante.

Estaban riendo, llorando, hablando.

Toni empujó la puerta de un golpe seco y se plantó en la entrada como una estatua. Ofelia, casi sin respiración, lo esquivó para ver el interior.

La temperatura en la habitación bajó unos grados de golpe.

«¿Dónde estáis?».

No había nadie. No como su imaginación le había hecho creer.
«No es posible».

En la sala no había ni un alma. La familia no estaba allí. La imagen de su mente se fue yendo. Cada miembro de la familia se fue desdibujando como un fantasma que desaparece tras una pared y, con ellos, la esperanza de Ofelia. La mesa estaba solitaria. Con las sillas a su alrededor y una de ellas tumbada en el suelo. En el centro de la mesa, un candelabro con las velas encendidas.

«¡Aquí no llegó el agua!».

«Pero... ¿a dónde os habéis ido?».

Como si la llamada de alguien les advirtiera o gritara sus nombre, Toni y Ofelia corrieron a los ventanales en forma de arco.

«¡La cabaña!».

Sus ojos tardaron en asimilar lo que vieron. El maizal, que debería extenderse hasta el horizonte, había desaparecido. En su lugar, una corriente de agua avanzaba implacable hacia abajo.

Y la cabaña... no estaba.

Toni se precipitó de rodillas al suelo, rompiéndose en mil pedazos como una muñeca de porcelana.

Ofelia se llevó las manos al rostro y el llanto le explotó de golpe. Era algo primitivo, como el sollozar de un niño. Sus ojos saltaban del lugar donde debería haber estado la cabaña al movimiento danzarín de las llamas de las velas.

Agradecimientos



Quiero dar las gracias a todos aquellos que han hecho posible, de un modo u otro, que La niña del maíz pueda recorrer el mundo y ser conocida.

A la familia del Collell, espero que allá donde estéis, tengáis la paz y la luz que merecéis. Sin vosotros no habría historia que contar. Ha sido un honor para mí daros éste humilde homenaje. Descansad En Paz.

A todas la víctimas que perdieron la vida durante el aguacero del 1940, que por desgracia, no fueron pocos. Y a los que ayudaron para evitar que fueran muchos más.

A Sol Taylor, por tener la paciencia de aguantar mis dudas y cambios de opinión constantes. Pero por encima de todo por conseguir siempre la portada perfecta.

A mi familia, ya conocéis los porqués.

A Pili, por soportar y comprender estoicamente mi entusiasmo.

A Ivan, por aportarme aquello que convierte en especial mis historias y adorna cada capítulo.

A Linnette y Max, por sacarme siempre unas sonrisas incluso en los momentos más oscuros.

Y, por supuesto, a ti lector. Gracias por decidirte a conocer a La niña de maíz y a la familia del Collell. Espero que la mezcla de fantasía y realidad te haya gustado y, como mínimo, la hayas disfrutado tanto como yo al escribirla.

Gracias.

Joan Llensa, agosto 2019.